

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— Atrasado, 25.— Co-
rrespondientes, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Madrid.—Amigo Nakens: Cuento usted para los sellos con 5 pesetas de este cura y cuento conmigo para reunión de periodistas republicanos y para todo. *Alfredo Calderón*.

A las 25 pesetas ofrecidas por El Motín puede usted agregar otras 25 de su correspondiente. *R. Diez Juregui*.

Bernardo Mata García, 5 pesetas.
Amigo Nakens: Cuento usted con 100 pesetas nuestras para la primera emisión de sellos. *Alejo García Moreno, Manuel Ramiro*.

Contribuyo con 10 pesetas a los gastos de la primera tirada de sellos. *Facinto Sánchez Gallardo*.

Salamanca.—El Combate acepta de lleno la proposición de los sellos y entregará 30 pesetas.

Morón de Almazán.—Conforme con lo de los sellos y cuento con 5 pesetas.

Reus.—Pralujo de Gerisena, 5 pesetas.
Huelva.—Manuel Navarro, director de La Marsellesa, se suscribe por 10 pesetas.

Coria del Rio.—El Coriano se adhiere al pensamiento dará 25 pesetas para los primeros gastos.

Carabanchel bajo.—Elías Bobadilla, farmacéutico, contribuirá para lo de los sellos con dos pesetas mensualmente.

Cáceres.—Así para desarrollar el pensamiento de los sellos, como para cualquiera otra empresa discurrida por usted, pues todas han de tender al mismo fin, me adjudica una cuota de 10 pesetas. *Juan Becerra*.

Valencia.—Un grupo de librepensadores contribuirá con 50 pesetas a lo de los sellos. *C.*

Perfor.—Aplaudo el pensamiento de los sellos, suscribiéndome con 25 pesetas, si la idea cuaja. *Santiago de la Iglesia*.

Barcelona.—Adjunto libranza de 10 pesetas para contribuir a la primera tirada de los sellos. Si la idea no cuaja, emplee usted esa cantidad en lo que tenga por conveniente. *José Llorens*.

Pongo a su disposición 5 pesetas para lo de los sellos. *Isidoro Garrido*.

Santona (Penal de).—Me suscribo por una peseta mensual para los sellos, y duro y a la cabeza y menos pampina. *Nicasio Villar*.

Perfor.—Para la primera tirada de sellos 10 pesetas, gracias. *Juan Borrego*.

Vergara.—Eustasio Telleriarte, contribuye con 12'50 pesetas.

Eutiquiano Olalde, con otras 12'50.
Narciso Berroya, con 2'50.

Todos a reintegrarse en sellos.
Valencia de Alcántara.—Magnífica idea. Contribuiré con 5 pesetas.

Palma.—Cuento usted con 2 pesetas. *Francisco Oliva*.

Cádiz.—Siento no poder ayudar más que con 5 pesetas. *Maximiliano Miñón*.

Castellón.—Cuento con 5 pesetas. *Lau-reano Maya*.

Jumilla.—Los pudientes se callan; intentemos los humildes realizar el pensamiento. Cuento usted desde luego con 10 pesetas, facultándole para duplicar ó triplicar la cantidad si es preciso. *Casimiro Jiménez*.

IADELANTEI

Hoy que ya las Cámaras de Comercio, saltando por encima de los egoísmos de clase que empujaban sus propósitos, han sacado aquella neutralidad de que blasonaban y entrado francamente por la vía política y revolucionaria, de la que no pueden salirse sin anularse y deshonrarse, hoy es llegado el momento de decirles:

«Todo eso que ahora pedis no está en manos de la monarquía ni el concedérselo; hay que variar de rumbo, ó confesar que sólo buscáis en la agitación que habeis promovido el ahorro de unos céntimos en la cuota de contribución. Desde ahora, con voluntad ó sin ella, vais fatalmente contra el régimen. Sed bien venidas á nuestro lado y démonos un abrazo que selle la alianza.

Perdonémos mutuamente: vosotros á nosotros, la falta de energía y de valor cívico durante la restauración; nosotros á vosotros, el egoísmo de clase que os hizo mirar con indiferencia los males de la patria que no os afectaban directamente por el momento.

Ya no sois neutros, palabra deshonrosa que resumió egoísmos ineficaces y acomodamientos criminales; ya buscáis remedio á las desdichas de la patria en la agitación y el movimiento; ya podemos, pues, entendernos.

Nosotros os hemos dado el programa; vosotros nos podéis dar fuerza. Marcha-

mos unidos en adelante, y triunfará la justicia, y España será salva.

Bien entendido, que si véis vacilar á los que durante tanto tiempo fueron nuestros jefes, no desmayéis por eso; muchos republicanos sirven mejor que ellos para la labor que hay que ejecutar.

Como tampoco nosotros nos preocuparemos, si algunos de los vuestros procuran detener el movimiento iniciado, sabiendo que no está ya en sus manos el lograrlo.

Adelante, pues. Y seguramente que iréis á iremos á don-de debemos ir, por-que ya no hay medio de volverse atrás.

EL MOTIN

PERDER EL TIEMPO

Con la asamblea de comerciantes, industriales y productores de Valladolid, continuación y segunda parte de la celebrada en Zaragoza, preséntase de nuevo como asunto de interés y de actualidad la cuestión ya anteriormente tan debatida de que si los asambleístas, con sus debates más ó menos luminosos ó con sus programas mejor ó peor formulados, conseguirán que el gobierno de la monarquía varíe de política y encauce la administración pública por derroteros que conduzcan al fin á que los contribuyentes desean llegar.

Ellos podrán fundar en sus asambleas y mítins, donde los temas de discusión vienen á ser siempre los mismos, todas las esperanzas y las ilusiones que quieren; pero la realidad de los hechos palpables durante el tiempo transcurrido desde la asamblea de Zaragoza hasta ahora, debieran haberles desengañado acerca de lo que pueden esperar del actual gobierno y de todos los que puedan sucederse dentro del régimen político existente.

No dudamos de que los representantes de las clases contribuyentes persiguen con sus trabajos, con sus asambleas, reuniones y acuerdos, al propio tiempo que beneficios para sus intereses, un fin patriótico, de utilidad general y necesario para la anhelada regeneración económica del país que no puede soportar por más tiempo, sin ir irremisiblemente á la ruina, las cargas que el Estado monárquico le impone para sostener la organización actual; pero el problema verdadero en este asunto, presentándolo concreto y escuetamente, puede condensarse en esta pregunta:

¿Todo eso que los contribuyentes piden, pueden y quieren dársele los gobiernos de la monarquía?

Ateniéndonos á lo ocurrido desde la asamblea de Zaragoza hasta la fecha, puede rotundamente asegurarse que no. Ahí están recientes, para corroborar esta negativa, los manifestos, las protestas llenas de quejas amargas y de lamentaciones sin cuento que la comisión permanente de aquella asamblea ha lanzado al público, para hacer ver á la opinión que todos sus buenos deseos, todas sus esperanzas, todos sus anhelos de regeneración económica para el país se han estrellado y se han desvanecido ante la inercia, la pasividad, el desprecio y la mala fe de los gobernantes, que nada, absolutamente nada han hecho en tan largo transcurso de tiempo por dar satisfacción á las aspiraciones de tan respetables elementos, representantes de esas clases sociales tan numerosas que constituyen, según su propia frase, el nervio de las fuerzas vivas de la nación.

No les ha servido de nada recurrir en elo-cuentes y enérgicas protestas, ni en res-petuosas y razonadas exposiciones á los po-deres más altos del Estado, á los cuerpos co-legisladores y al gobierno. En ninguno de esos sitios las obras han respondido á las promesas hechas como se hacen á los pretendientes importunos. Ni un ápice han cam-biado el rumbo de la política, ni el sistema de la administración pública, ó si algo han variado ha sido para empeorar.

Esto que ha ocurrido es suficiente para haber desengañado á los más optimistas; para haber hecho comprender á los comerciantes é industriales que son imposibles sus pretensiones dentro del actual régimen; que lo primero, lo más necesario que hay que hacer para llegar á esa regeneración econó-mica á que aspiran, es destruir lo que en España constituye y constituirá, mientras subsista, una rémora á todo lo que sea be-neficioso y útil.

La experiencia propia y el conocimiento de la situación política que impera, deberían haber hecho comprender á los contribuyen-tes que todo el tiempo que emplean en pe-dir reformas á quien no ha de hacerlas, es inútilmente perdido.

Lo primero que hace falta para realizar una obra es apartar los obstáculos que á ello se opongan.

A la que los contribuyentes y productores quieren llevar á cabo se oponen los par-tidos políticos del régimen monárquico; por lo tanto tienen que comenzar por destruir éstos para que la obra pueda realizarse.

Mientras no hagan más que hablar en mít-ins y asambleas, tomando acuerdos que luego en el momento crítico no se cumplen, háganse cuenta de que machacan en hierro frío.

José CINTORA

LOS REPUBLICANOS

Y LAS CAMARAS DE COMERCIO

En estos momentos es cuando se adquiere la triste evidencia de que el partido republicano está muerto y de que los hombres que lo dirigen no se hallan dispuestos á hacer caso por más que les alarmen, imposibilitados como están de atender la mayor parte de sus peticiones; pero demasiado compren-den que las asambleas de Zaragoza y Vallado-lid representan una aspiración y una fuerza, una aspiración que es general á todo el país, y una fuerza respetable cuando clases neutras, que no están azevadas á las luchas políticas, ofrecen los ejemplos de actividad y de organización que revelan ambas asam-bleas; pero como arriba decimos, para llevar á la práctica las aspiraciones de las Cámaras de Comercio, que son las de todos los espa-ñoles, había que tocar á la lista civil, al pre-supuesto del clero, había que dar otra orga-nización al ejército, y, sobre todo, había que sacrificar á las Compañías que dan sueldos á los políticos y á los caciques que propor-cionan las actas en blanco. Dentro del régimen, las Cámaras de Comercio están desahuciadas.

Y por qué no aprovechan los republicanos esta oposición del régimen monárquico con las aspiraciones del país? ¿Por qué no lanzan á la publicidad un programa en que encarnen las soluciones de las asambleas de Zarago-za y de Valladolid, haciendo ver á las Cámaras de Comercio que únicamente con el régimen republicano sería posible plantear las reformas que proponen? Porque es más cómodo estar quietos; y ahí tienen ustedes á Pi con sus intransigencias á lo Moyano, á Salmerón con sus abstracciones filosóficas, á Sol procurando crear un nuevo partido del que él sea el jefe, y á la minoría republicana... (más vale no hablar de ella, porque da lásti-ma y compasión contemplar el papel ridículo que está haciendo en el Congreso,) á todos ellos muy quietecitos, ayudando con su que-tismo y su inacción á perpetuar la vida de la monarquía.

Hora es ya de que las masas republica-nas prescindan de sus jefes y se agrupen y reorganicen sin hacer caso de ellos; hora es ya de que un núcleo de republicanos levante una bandera donde puedan cobijarse to-dos, y sin asambleas, ni juntas, ni juntas, ni fusiones, ni concentraciones, por aclamación, se promulgue el programa y se elijan los nue-vos caudillos.

El programa republicano debe ser sencil-lo, afirmando los puntos esenciales en que todos coinciden y procurando encarnar en él las aspiraciones de las clases neutras, lo mismo de las de arriba que de las de abajo.

Como muestra ahí va uno, no con otra pretensión que la de dar una lección á los jefes y á los diputados republicanos, enseñán-doles el camino que debían seguir.

«República.

Las Cortes constituyentes decidirán si ha de ser unitaria ó federal. Caso de optar el pueblo por la forma unitaria, se establecerá la autonomía administrativa para los munici-pios y regiones.

Libertad de cultos.

Enseñanza integral obligatoria y gratuita. El Estado se encargará del pago de los maestros, aumentando el sueldo de éstos.

Supresión de las quintas. Ejército volun-tario reducido, pero bien pagado en tiempos de paz. Todos los ciudadanos soldados en tiempo de guerra.

Separación completa de los poderes le-gislativo, ejecutivo y judicial.

Sufragio universal obligatorio y procedi-miento *ad referendum*.

Supresión de los consumos y rebaja de las contribuciones territorial é industrial.

Construcción de canales y pantanos para convertir en terrenos de regadío la mayor parte del suelo.

Construcción de la red de ferrocarriles secundarios y de otra vasta red de carrete-ras. Que no haya pueblo que carezca de un buen camino.

Protección á la industria y al comercio procurando la apertura de mercados en el exterior y haciendo desaparecer las trabas que dificultan el comercio interior.

Rebaja de las tarifas de ferrocarriles para pasajeros y mercancías.

Establecimiento de cajas de retiro para los obreros é inspección de los talleres, dando intervención á los mismos obreros en una y otra institución.

Entrega de los montes del Estado y bie-nes comunes á las sociedades obreras para su explotación.

Justicia gratuita.

Reforma de la Beneficencia pública, pro-curando sustituir en gran parte los hospita-les y asilos por el auxilio domiciliario.

Organización de la carrera administrativa

y del procedimiento administrativo supri-miendo el expedienteo y la empleomanía.

¿Hay algún republicano que no acepte tal programa? No lo creemos. Y ¿en qué se di-ferencia éste del de las Cámaras de Comer-cio? Absolutamente en nada. Es más radical, cosa muy lógica, pero en él se aceptan todas las soluciones de las asambleas de Zaragoza y Valladolid.

Si, pues, los republicanos se decidieran á hacer una campaña enérgica y formal, si convencieran á las Cámaras de Comercio que estaban dispuestos á plantear las reformas que proponen, es indudable que éstas, que las clases neutras que representan, vendrían al campo republicano convencidas de que dentro de la monarquía no pueden llegar á traducirse en leyes las aspiraciones del pue-blo español.

¡Lástima que se desprecie una ocasión tan buena, como se han despreciado tantas otras! Los directores de la política republicana durante este último cuarto de siglo, pasarán á la historia con un estigma terrible.

Ellos son los responsables de todas las desgracias de la patria, porque, pudiendo re-mediarlas, no las remedian.

Valencia.

C.

LOS SANTOS

Son lo más sublime que puede encontrarse en el mundo. Son lo más odioso que puede ni aun imaginarse.

Son el consuelo de la humanidad; el azote de sus prójimos: las flores que ha concedido Dios al desierto de la vida; las espinas que continuamente ensangrientan los pies de los que pasan por el camino de la existencia: argumento vivo de lo que puede la gracia de Dios; razón concluyente para que el ateo niegue á Dios: lazo que atan suave-mente al alma para que no se aparte de la Iglesia; seres repulsivos en cuya compañía no se desea ni el cielo.

¿Que esto es un absurdo? ¿Que esto es una serie de contradicciones horribles? Nada de eso.

Vamos á verlo. Un hombre que, no solamente ama á amigos, pero aun á sus enemigos; que desprecia las riquezas y bienes temporales porque no piensa más que en los celestiales; que no quiere para otro lo que para él no quisiera; que repite continuamente, con palabras del Evangelio, «he venido al mundo á servir y á no mandar»; que en todas partes se coloca el último, y si tiene un pa-ñuelo y ve á su prójimo necesitado, lo da medio, ¿no es todo lo bueno que antes decíamos? Pues eso es un santo.

Un hombre lleno de soberbia, de intransigencias feroces, de orgullo y de egoísmo, que, si es seglar, presta al ciento por ciento; intriga sin reparar en medios, para ser diputado y ministro y juez y consejero; si es sacerdote se desvive por tener cargos pingües, ser canónigo, y, sobre todo, ser obispo; y sea seglar ó sacerdote se arrastra ante los fuertes, es cruel é implacable con los débiles, desprecia á los que juzga pecadores, se venga sin piedad de los que le molestan, y vive encerrado en el egoísmo como en un fanal de hielo, es seguramente todo lo malo que anunciáramos, y, sin embargo, es un santo, según el último figurín de la santidad.

Los santos cristianos son adorables. Los santos que ahora nos da la Iglesia como tales, los del patrón de Montaña y Torres Asensio, los que vemos vistiendo capisayos y luciendo mitras, los que forman las congregaciones piadosas, los que figuran como la plana mayor de ultramontanismo, los Garzones y Sanz en la Compañía y todo ese ejército de frailes que nos ha invadido, esos son algo anticristiano, feo, repulsivo; algo que aparta del catolicismo, que lleva á otros campos donde se espera encontrar nobleza, honradez, misericordia, mansedumbre, amistad, sin las que el alma se ahoga.

La santidad tal cual nos la quiere hacer adorar el clericalismo es algo, no sólo despreciable, sino semilla de todas las vergüenzas que degradan á nuestra sociedad.

Es la raíz de donde brotan esos jóvenes Luisas llenos de cosmético y colonia, que no escriben, que no hablan, que no son artistas, que no estu-dian, que no tienen salud. Esos tipos modistos de color pálido que no han dado un disgusto á su familia y á quienes no gustan las mujeres.

Es la semilla de esos ambiciosos de cura y seglar con la levita larga, la tirilla almidonada, la vista en el suelo, las manos cruzadas sobre el pecho y el habla pausada y cadenciosa, que roban más que Candelas, murmuran más que mujeres públicas y usan crucifijos con los que tienen bajo su férula, que no cometería Norón.

De ahí brotan esos conservadores de reluciente calva, grueso abdomen, cuidada toilette, ideas de orden, y creencias, según dicen, arraigadísimas, que unas veces pasean á gatas sosteniendo en sus lomos una horizontal, otras abochornan á las pros-titutas con sus proposiciones, y siempre son asiduos de bastidores, camarines y casas de mal vivir encopetadas.

Esa falsa santidad es la que nos ha rebajado, nos ha esterilizado, nos ha hecho incapaces de todo lo noble, lo grande, lo fecundo.

¡Los santos! No hay nada más sublime. ¡Los santos! No hay nada más despreciable.

GIL BLAS DE SANTALLANA

MATRIMONIO CLERICAL

El maestro Nakens, con fina sátira y gran copia de razones, combate el matrimonio de los clérigos, formando así, por primera vez en su vida, entre los más fervientes devotos de esos que se estremecen y sienten que se les hiela la sangre en las venas á la idea de que un cura se case y viva con su mujer y críe á sus vástagos.

Pues bien, alguna vez debe un Conde ha-cer una heroicidad. Voy á atreverme á con-temper con el periodista ilustre, porque de ninguna manera estoy conforme con sus doc-trinas.

En primer lugar, ¡oh Nakens! ha de saber usted que:

«También la gente de Iglesia tiene su corazoncito y lágrimas en los ojos y celos mal reprimidos.»

Y siendo esto así, pareceme preferible tomen esposa á que tomen mujer con el pseudónimo de ama, sobrina ó hermana, como ha sucedido hasta aquí.

Hay también otra razón que expondré valiéndome de un símil. Es una especie de axioma en los seminarios que el castigado sin comer es el que más come, porque el com-pañerismo hace que disfrute de parte de la ración de todos los demás.

Pues bien, el castigar sin comer á un solo individuo en los pueblos y en las sociedades —y ya entiende usted la comida á que me re-fiero—es muy expuesto á que golosée la co-mida de todos y meta la cuchara en las ca-zuelas ajenas.

Désele, pues, al cura su ración correspon-diente de cariño y cuidados femeniles, y para ciertas cosas, cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Por otra parte parece poco razonable que al confitero se prohíba comer dulces, al aguador beber agua y al sastre vestirse de buen paño.

El cura, que administra los sacramentos y los reparte prodigamente, aun cuando sea mediante su *cumquibus*, debe ser apto para recibirlos todos sin excluir el matrimonio con todas sus amargas ó dulces consecuen-cias. Lo contrario sería hacer incompatibles dos sacramentos.

Me dirá usted que los hábitos sacerdotales no son apropiados para alamar la ima-ginación de las muchachas y enamorarlas; pero, aparte de que los hábitos no son parte esencial del sacerdote, pudiendo muy bien suprimirse, ha de saber usted, si es que no lo sabe, que las mujeres se mueren por una so-tana bien llevada, un manto garboso ó una toja ladeada, y aun para que suba de punto su asombro, le diré que más fácilmente encontraría usted sin novia á un alumno de cualquier academia militar que á un semina-rista ó un ordenado.

¿Cuántas veces en la solemnidad de una primera misa no es la madre la primera que sube al altar á besar las sagradas y perfu-madas manos del misacantano, sino la joven esbelta y hermosísima que con lágrimas en los ojos y todas las señales de la emoción más viva publica los afectos de su enamo-rado corazón! ¡Pobre joven condenada á la desesperación de amar un imposible ó á cargar con el antiestético nombre de ama de llaves!

Añadiré usted que los ministerios sagra-dos parecen incompatibles con las dulces caricias del amor y los afectos puros del hogar; que un hombre que viene de dar la unción ó de cantar el gori-gori á un muerto, tiene que ser un objeto de horror para un alma sensible y enamorada.

Bueno; pues yo le afirmo que si fuera mujer, preferiría mil veces que mi marido diera la unción á que cortara tumores, ope-rara intestinos descompuestos ó ayudara á la naturaleza en alumbramientos laboriosos. Y ¿dónde me deja usted al peluquero que se pasa la vida untando pomada y haciendo bucles? ¿Dónde al bailarín que, dado de blanquette, coquetea ante un público exhi-biendo sus formas y sus gracias?

Claro es que la fuerza de la costumbre y la de las preocupaciones es muchísima y habría de pareceros durante mucho tiempo algo monstruosamente ridículo ver á un canónigo haciendo un viaje de luna de miel; ser pre-sentados á la señora de un arcipreste ó asis-tir á los thé de una elegante arzobispa; pero crea usted que algo más suaves y humanas serían las relaciones de los prelados con sus súbditos y de éstos entre sí, si hubiera de por medio la siempre benéfica influencia mu-jeril.

Voy á hacerle una consideración para concluir, que creo no tiene vuelta de hoja.

El Papa declara en su encíclica y ha dicho más claramente extraoficialmente, que con-cede el matrimonio á los clérigos en la Amé-rica del Sur, porque ellos ya de hecho se ha-bían casado de una manera fraudulenta. Es decir, que el Papa no concede ahora el ayun-tamiento de un sacerdote y una mujer, que eso ya estaba hecho, sino que santifica y le-gitima ese ayuntamiento.

La cuestión se reduce, por lo tanto, á que yo le dirija á usted esta pregunta. ¿Qué le parece á usted mejor, que los curas vivan en ayuntamiento illegal ó que vivan unidos á sus mujeres por el sacramento del matrimo-nio?

GIL BLAS DE SANTALLANA

En el número próximo contestaré al autor de este artículo, no habiéndolo hecho en éste por falta de tiempo y es-pacio.

Ha fallecido en París la condesa de Castiglione.

Por todo testamento ha dejado un pa-pel negro con estas cuatro líneas trazadas con lápiz:

«Que me entierren sin flores, sin co-ronas, sin clérigos...»

Ya se hubiera guardado muy bien de expresar esa última voluntad ninguna exprostituta, ni ningún exladrón de la clase media.

FARISEOS

El público elegante, el abono de los rieres de moda, protestó anoche, chichó, pateó mi comedia *¡Pobres hijos!*, acogida por el público sano como ninguna de mis obras, sancionada por él y por la crítica. Fue aquel exiguo grupo á aprovechar la primera ocasión que se le presentaba de encontrarse cara á cara con el escritor independiente que ha tenido el valor de atacar de frente á una parte de la sociedad que se llama á sí misma la buena y es la más mística y la más pecadora de todas. El escándalo de anoche en la calle de la Libertad lo prueba.

Yo ya lo sabía. De algo me han de servir cuarenta años de trato íntimo y constante con el público de los teatros. Le dije á Thuiller:—No haga usted la comedia el viernes, porque es una fotografía, es una bofetada moral; y al verse en la escena algunos de los que van al teatro, no con deseo intelectual, sino por pasar la noche, se van á ofender.

Thuiller, que es un hombre moderno, liberal como todos los jóvenes, y además está cansado de consultar con el abono qué obras les parecerán bien á algunas *Lucías* y á muchos *Agustines*, quiso afrontar el peligro.

Sucedió lo que yo esperaba; y solamente lo sentí porque quería evitar á los actores la grosería del que paga y cree tener derecho á ser grosero.

La obra aplaudida todas las noches, fué acometida, no por toda la sala, sino por un grupo de fariseos. ¡Sí, fariseos!

Aplauden el *Tenorio*, en el que la monja robada, llevada á una quinta á orillas del Guadalquivir, donde vive con *Don Juan*, vestida de monja, aparece en el final, volviendo del cielo, á darle un recado de Dios á su forador, para que se vayan juntos á la gloria. Se niega á oír el *Juan José* porque los obispos se lo han prohibido, y van con las hijas á ver *Zaza* ó *La dama de las camelias*, cuando se las dan en lengua que no entienden.

Llevan á las señoritas á los toros, á oír las palabras más indecentes del idioma, después de hacerlas oír misas, en las misas de lujo; viven de los mujos ó se casan con ellas por el dinero los vividores egoístas y utilitarios de esta generación incapaz de hacer revolución alguna... pero cuando se pinta un retal de la vida madrileña, en la que la vida con hijos escandaliza en su mismo hogar; y al verse desprecia se echa en brazos de una religión que antes falsificó y acaba en *señora de piso*, los fariseos insultan al autor, se aprovechan de aquella ocasión en que el escritor ni puede ni debe protestar, y tratan de ahogar su voz.

¡Pobres gentes! Todo el que me conozca sabrá que he vivido siempre en un mundo muy elegante, que mis gustos son no aristocráticos, como se cree, porque soy de origen humilde, sino artísticos; que soy idólatra de la forma; que detesto lo vulgar y lo feo. Soy artista antes que hombre. Las circunstancias, que lo gobiernan todo, me llevaron al Extranjero, donde viví quince años haciendo la misma vida de aquí en el mundo de arriba; pero con la eterna, heredada, arraigada tenencia al amor y la defensa de los de abajo.

¡Pues en aquel mundo aristocrático extranjero encontré una amplitud de puntos de vista, una libertad de criterio, una asimilación tan grande del espíritu moderno, que al tornar á mi patria volví casi socialista, porque allí el socialismo está en labios de duques y de marqueses, y ricos y grandes, porque es cosa que se impone y no le asusta á nadie, porque sólo puede encontrar rémora y obstáculo donde reina y gobierna, como en España sucede, la invasora, odiosa, antigua, hereditaria influencia jesuítica de esta España moderna, más atrasada cuanto más tiempo pasa!

¡Qué espanto en las amigas! ¡Qué sorpresa en la buena sociedad! ¡Qué horror en las familias aristocráticas de mis relaciones!

No basta, en Madrid, ser cristiano, ni católico, ni confesar ni comulgar, no; aquí hay que ser *tarrafé*, hay que defender todo lo que representa *hipocresía mística*. No se puede ser ni cronista ni novelista, ni autor dramático; no es posible estudiar y observar la sociedad como es; ni siquiera basta pensar honradamente, porque vivimos en un medio ambiente de inmoralidad tan corriente y tan usual, que si se castiga en una comedia con el desprecio y con el abandono á la mujer que vive con un amante en presencia de su hija, y si un futuro yerno, militar honrado, protesta y no quiere vivir con una... mujer de ese género, vienen críticos y abonados que dicen: ¡Pobre señor! ¡Es una crueldad! ¡No era para tanto!

Era natural que anoche, los que saben lo que pasa cerca de ellos y lo toleran; los *Agustines* sin oficio ni beneficio, á quienes les dan *Usia* en los Círculos, y las hijas que *perdonan*, pero que no pueden honradamente vivir con madres culpables, fueran recibidas por los que conocen á fondo todo eso, con chichos y con protestas...

Pero como esos no son ni la opinión, ni la Prensa, ni la crítica, ni el público, no han podido hacerme daño alguno.

¡Una monja en la escena! ¡Y una monja que pide dinero! ¡Horror! No tardarán en venir las *pastorales*; y yo, tan tranquilo... ¡Cómo si yo escribiera para los cultos que van á la *cuarta de Apolo* y se pasean por Madrid, como anoche, al frente de las prostitutas!

EUSEBIO BLASCO

La protesta de Blasco está muy en su punto; tiene mucha razón en cuanto expone. Pero quiero que le diga con fran-

queza mi opinión. De algo de lo que le pasa tiene él la culpa, por la situación en que se ha colocado. No es posible creer en los milagros de la virgen del Pilar y atacar al clericalismo. Las dos cosas van estrechamente unidas; como que la una es siempre consecuencia de la otra. Hay que creerlo todo y respetarlo todo, ó negarlo todo y combatirlo todo. Y después, hay que ser hombre antes que artista. Esto á ratos; aquello siempre.

Nada de esto que le digo tiene que ver con el mérito de su obra; encuentro muy justificado el éxito que ha tenido y me complace el que con ella haya logrado herir en lo vivo á los hipócritas y vividores. Siga por ese camino, sin quedarse nunca á la mitad de él. De este modo el aplauso de los verdaderamente dignos y honrados le compensarán de las injusticias que con él cometen los que son todo lo contrario.

LA CARIDAD

Después de encontrar eloquentemente esa palabra, dice un periódico republicano de Zaragoza:

«Pero, ¿cómo se entiende? ¿Cómo debe entenderse? ¿Es caridad el dar un misero sueldo al desvalido, con el cual no podrá adquirirse una sola migaja de pan duro? ¿Es caridad, entregarle las sobras de la mesa del rico? ¿Es caridad, sujetarle á que coma el bocado que le preparan como si fuera un perro, en una cocina alquitada? ¿Es caridad, por último, obligarle á que recoja, á que vaya á misa, á que se confiese y comulgue con frecuencia, á que sea católico á la fuerza, ó por lo menos hipocrita, para que reciba unos pobres bonos para judíos, pan, patatas y arroz para alimentarse un día á la semana? ¿Y los demás días? ¿Y los demás artículos? ¿Y la habitación? ¿Y la cama? ¿Y el vestido?»

«Los fariseos, según Jesucristo, eran con su modo de dar limosnas, sepulcros blanqueados. Las personas que hacen de la caridad un arma religiosa son unos criminales, porque la conciencia es sagrada»

No está mal del todo eso de llamar criminales á los que explotan la caridad. Y tan conforme estoy, que un día de estos voy á proponer á la Academia que añada esta nueva acepción á esa palabra:

CARIDAD.—R-bar sin riesgo y asesinar sin contraer responsabilidades.

Están presos 27 individuos en Vergara, por andar carli-teando y escondiendo armas allá por Anzuola.

Como no han tipicado ningún fraile ni ningún cura, estoy por negar que las armas fuesen para los carlistas.

No supengo á éstos torpes hasta el extremo de esconder armas donde puedan cogérselas, teniendo tantas iglesias y conventos á su disposición.

LOS CONVENTOS

Sin asombro, sin extrañeza he leído en un periódico progresista que las Carmelitas del convento de Praga han venido cultivando de una manera asá desenfrenada los más asquerosos y repugnantes vicios. «En el parque del claustro se han encontrado hasta cincuenta niños estrados», dice el periódico aludido. «Ojalá el convento por los habitantes de aquella villa—añade el colega—al saber el hecho han tratado de arrastrar á las monjas por las calles de la población».

Y en verdad hay algo en esos recintos, infraqueables á la generalidad de las gentes, que predisponen en contra suya. Es no recinto comparable con el triste recinto de las cárceles. Paredes que aislan el sombrío edificio; muros que parecen defender una fortaleza; claustros y gálgas para asegurar la incomunicación; todo, en una palabra, lo que parece engendrado por el secreto y el misterio, es lo que constituye esos presídios del entendimiento y la conciencia.

En esos castillos de la Edad Moderna son inexpugnables, merced á nuestras leyes deficientes, las más comprometidas posiciones. De la hermosa locada—y frecuentemente rebudada que defiende el zaguán de la portería, hasta la de más fuertes torres que se convierten en cancelero del locutorio, desde estas avanzadas que sostienen el fuego de guerrillas con el profano que se pone su planta en el convento, hasta los reducidos en que se defienden traidoramente y ajenos á malsana las capitales y generales de la comunidad siempre común, todas ocultan lo que sucede en tal recinto.

Porque se oculta lo que pasa en los conventos, como se oculta lo que pasa en las cárceles, los lugares. Hay que decirlo así, y llamar á cada cosa por su nombre. Por eso, tal vez, la palabra convento es hoy, para los que se dicen bien informados, sinónimo de lupanar.

Así y vergüenza causa que los vicios más odiosos y nefandos se practiquen bajo el techo de una llamada religión que los condena. No busques moralidad en esas casas. La encontrarás, sin embargo, en sus anuarios y programas, como en los prospectos y sermones de las *Dalamas* de las plazas públicas; pero no la encontrarás en los actos.

Donde vas á que á la sombra de la religión se oculta, afirmas que se enseña lo que no puede enseñarse; y esto sucede donde se enseña á educar niños y no otro sexo.

Todos los que, por desgracia saya, han vivido en esas casas, han tenido que respirar su aire místico y han tenido que contaminarse en aquella atmósfera de letargo. La masturbación individual colectiva es el primer acto; la violación y el espuero son frecuentemente el undio; la sodomía, en todos sus aspectos, el obligado desenlace.

Sin embargo, lo que allí pasa, que allí sucede, nada hace pasar, nada hace suceder; pasa y sucede dentro del convento, es decir, pasa y sucede dentro del lupanar.

Veréis que allí donde se almacenan, —no retirados de la palabra;—que allí donde se almacenan jóvenes, de uno ó de otro sexo, se almacenan igualmente todos los vicios repugnantes que desprecian de consumo la vida comita y el celibato. Y es justamente este último suando en la

suma de las nefandas aficiones, el más decisivo en el sexo débil, que llega con las débiles á las más vergonzosas debilidades.

Por eso no nos escandaliza el escándalo de las Carmelitas de Praga; el escándalo, para nosotros, sería que no se hubiese cometido tal escándalo.

Lo que si nos escandaliza es que esa serie de hechos, ese infinito número de escabones que constituyen tan criminal cadena, no subleve la conciencia honrada de cuantos hombres se precien de justos é inocentes. Lejos de ser así, los que cierran las puertas de su casa y las ventanas de su conciencia á los que no repugnan el timbre de la religión, encierran con ellos sus hijos y sus hijas á esos conventos donde se enseña lo que no debe enseñarse.

¿Lastima grande que la justicia no ataque es recintos, al parecer inexpugnables, y que de tenga su paso majestuoso á la puerta de los conventos, como lo deliene en las iglesias y en las salas de los palacios!

BENJAMÍN A. RECIO

(La Palestra.)

Los carlistas del Maestrazgo siguen apedreando lo trenes. Hace pocos días hirieron gravemente de una pedrada á un interventor de ruta á la salida de Benicasin.

Remedio para evitarlo: prender al cura del pueblo donde tal ocurra y á los frailes del convento más próximo.

Y es probado.

UNA EXCEPCIÓN

Mucho he censurado á la minoría republicana por lo que ha dejado y deja de hacer. Hoy hago una excepción en favor del diputado Calixto Rodríguez.

Al combatir el presupuesto de Fomento descargó golpes ciertos sobre el personal inútil, el expediente interminable, las Juntas técnicas y las Consultas.

Hizo notar lo mezquino de la cantidad destinada á instrucción pública, expresando esta gran verdad: «que más que los Pirineos, más que el Bidasoa, nos separa á nosotros del Continente europeo el atraso de nuestra cultura y singularmente el atraso de nuestra instrucción primaria».

Se declaró partidario de una enseñanza práctica con el fin de favorecer las clases obreras, y dijo á propósito de esto:

«La enseñanza superior, es decir, la enseñanza para los ricos, bien ó mal, está ampliamente dotada; la enseñanza primaria, la enseñanza para el trabajador, esa, ya se ve, con 150.000 ó 280.000 pesetas».

Yo que me honro con el título de obrero, porque aunque llevo un título de ingeniero; eso podrá honrarme á mí, pero yo no lo honro á él; yo no honro más que al oficio de obrero, porque mis trabajos no han podido llegar á la categoría del ingeniero, sino que son mucho más modestos; yo que he presenciado siempre como insignia de gloria las calidades de mis manos, productas por muchos años de trabajo á que me he dedicado y sigo dedicándome, he deludido siempre por convicción y por sentimiento, por amor y por deber, la causa del obrero, con el cual estoy completamente identificado. Yo recuerdo que cuando salían aquellos batallones de desvalidos para defender la Patria, me causaba profunda pena ver que ellos eran las únicas á quienes se imponía tan penoso deber, mientras se libraban de él las demás clases sociales».

«En el constante trato en que me encuentro con esas masas obreras, he podido apreciar la codicia, verdadera codicia, que tienen por instruirse; y por eso me duele mucho más el abandono en que se las tiene, no sólo por el Estado, que está por pasar, sino por las clases favorecidas, que acosa á la cooperación de esos mismos obreros de su fortuna».

Tocó también con gran competencia la cuestión de carreteras y otros puntos, demostrando lo que sabíamos cuantos lo conocemos, esto es, que posee muchos conocimientos científicos, y que para ocupar un puesto preferente entre los hombres capaces de generar este país, sólo le falta esto; convencerse de que hay muy pocos que puedan hacer mejor política práctica, (para el país, no para él) y dedicarse un poco más á hacerla, ya que no se ve, como tantos otros, cobijado por prejuicios de escuela y ve en la política un medio de resolver la cuestión social, á la que le llevan su amor al trabajo y á la justicia.

Reciba, pues, mi aplauso, que vale algo porque no lo prodigo.

IQUE NOS ASFIXIAMOS!

Todo lo pasado era peor que lo presente desde cualquier punto de vista. La historia es un tejido de falsedades. Las aventuras de don Quijote, comentadas en sentido diametralmente opuesto al criterio de su autor; las leyendas fantásticas, todo á la vez, y todo por cada escritor ignorante ó malvado, con arreglo á sus fines, ó lo que le conviniere más, adular, todo eso, falsando en parte, ó de invención completa, no es más que la berrera que nos impide ir un paso adelante.

Hemos de vivir encerrados ahí, hemos de buscar ejemplos en ese ruinoso pasado; en el Magallanes, en el Hieron Cortés, en la Isabel la Católica, en el Carlos II, en el Torquemada, en el Lovelá, en una serie de verdugos, aventureros, malos gobernantes y bribones que nos han despojado, martirizado, arruinado, y que, como y todo las puertas de la civilización, y que, como los buitres sobre la carne muerta, vienen aún, sucios, vestidos de negro, con la capucha, las alforjas y apesetando los pies y largos y negras las uñas, á saquear los despojos, tabicar los rescoldos que no están bien cerrados por lo latín y otras infamias en los entendimientos de los niños, y llevarse todo lo que puedan de nuestro dinero, «so pena de infierno».

No hay más negocios que la usura, la Bolsa y los toros. Así está todo erial, y el dinero guardado. Los españoles piensan sólo en cumplir, como borregos, el programa que les trazan los jesuitas; en ir á sus residencias á oír los sermones cochinos «para hombres santos», y en mandar á sus hijos á los colegios de los *loyolas*, dando así á ellos, como á cuantos visten un hábito monjil, ó fraileño, el dinero que les piden. Generación salida de sus manos ya sin entendimiento, ni más potencia que la memoria, emborrada de sus enseñan-

zas, no ve más negocio que «ir á la gloria», dando dinero para que sobornen á Dios, á los curas, á los frailes y á las monjas.

Pero como nuestro fecondísimo suelo no puede permanecer erial bajo un sol esplendente, sin dar las aguas, y los frutos, y los minerales y los árboles que nos harán uno de los pueblos más ricos del planeta, vienen los extranjeros á buscar todo eso y á embellecer nuestras ciudades y á traer los adelantos de otras naciones. ¡Bien venidos sean los que nos traigan LUZ, ARTE y RIQUEZA!

Ellos nos red miran de los bárbaros que «con la bandera extranjera» de P. MARTÍN, y bajo el protectorado del GOBIERNO INGLÉS, nos embrutecen, nos roban y nos tienen perdidos, esclavos del atraso, en la inercia, y besándoles la mano, mientras ellos acechan el momento propicio para traer al Chapá á gobernarnos.

Lo de venir extranjeros á explotar nuestro suelo, no es ninguna novedad. Véase quiénes explotan nuestros yertos en Andalucía, nuestras minas en Bilbao, nuestros ferrocarriles, todo, y citaremos cien y cien nombres ingleses, ó alemanes, ó franceses, ó belgas.

Pero es que nosotros somos muchísimo más hermanos de los demócratas extranjeros que de los asesinos de Olot, Igúzquiza, Cuenca, y de los que bombardearon á Bilbao. No sólo más hermanos, sino que, de los segundados, somos enemigos mortales.

Cualquier extranjero digno, trabajador, hombre de bien, vale más, para nosotros, que la espantosa nube de frailes, monjas, sacristanes, jesuitas, franciscanos y demás volutas que invade á España, sin más «patria», ni más «Dios», que la «sombra» y el vientre.

El extranjero de bonete, capucha y tocas, nos ha matado.

Se ha burlado de nosotros, haciéndonos llevar cirios en las procesiones, llenar las plazas de toros, dejándonos sin una puesta, y enseñándonos á pegar saltos y brinco, hechos unos juaues de las vinas, con el escudo y el lanzón de don Quijote.

Nuestro ídolo es cualquier bribón, ó cualquier tunante, con tal que se vista de fraile, ó de monja. Si resucitaran Narváez, González Bravo, Sertorrios y Moyano, se quedarían atónitos y se indignarían viendo «la ola negra» que nos invade y cuyo avance jamás consintieron. Reaccionarios políticos, nunca pensaron que pudieran volver los frailes á España.

He aquí el programa de la Compañía de Jesús. Orleans á Francia y don Carlos á España.

En Francia tropieza con un ejército que sirve desde hace 28 años á la República; que á ella debe su grandeza; que sus soldados y oficiales son hijos de republicanos; y que ni el complot indigino contra Dreyfus, desbaratado por Zola, ni la farsa Rochefort, Drumont, Deroulede, con el comparsa Guérin, dan más resultado que el poner de relieve la impotencia de los *loyolas* á las puertas del siglo XX, y las cabezas de chorlito de sus agentes, aunque se llamen Copé y Buffet.

En España triunfan con las mujeres y con los niños, pero no con el Ejército. Don Carlos «ni ha podido arrastrar» en los mejores tiempos, «ni conseguir llevarse hoy», que nadie le hace caso, ni en la masa obrera, ni entre los que tienen dinero y negocios, «ni se llevará nunca», una sola compañía del Ejército liberal á llamar compañeros á los Culebras y á los Jergones, y, sobre todo, á retrasar años y años sus carreras, viendo ingresar en las escalas á una chusma de partidarios de uno ó cualquier, extranjero, poco menos que criado de los jesuitas.

Pero en España, sino tienen probabilidad de vencer con Chapá, en cuanto el fanatismo les hace la menor concesión, se suben del pie á la mano y ponen á la orden del día la repugnante doctrina de la Inquisición, del latín, del rosario de la Aurora, de Pedro Botero, del Purgatorio, de todo lo viejo, aceptable aquí por la ignorancia crasa y supina, y hacen reír de los pueblos civilizados.

Su lenguaje es grosero, como fruto de la rabia, de la hipocresía, teniendo en sus labios siempre, además del Corazón de Jesús, á la patria que han deshonrado y envilecido.

Sus hombres son el beato repugnante, el fraile que huele mal y tiene piojos, el cura negro con enormes patas, el cubecilla Santa Cruz, el jesuita espía de los ingleses para matar con ellos la raza latina, el carlista, las doncellas robadas á las familias, la confesión prostituida y desmoralizada, el celibato contra naturaleza.

De la doctrina de Jesús conservan sólo el suplicio y la pena de su madre, y quieren que la Humanidad se pase la vida llorando la culpa de haber ofendido al que los creó capaces de ser malos, sabiendo que habían de serlo.

Así son causa de cuantos vicios asquerosos derivan de la holgazanería; la muerte de la ciencia y del arte; los robos en nombre de Dios, «para desagraviarlo»; la suicidad; la idolatría de los santos de palo; el escriba, el fariseo, la revancha del pagismo contra cuanto en el Evangelio, de Juan sobre todo, está de acuerdo con la ciencia.

Los CARLISTAS, LOS INGLÉSSES Y LOS JESUITAS, tres cosas distintas y un solo enemigo mortal nuestro verdadero.

Esa es la ruina de España, que anhelan los ingleses para robarnos Baleares, Canarias, Ceuta, Vigo y Bilbao; y los jesuitas, por ellos amparados y sus espías y servidores en todo el mundo, les ayudan á nuestra decadencia con el latín, con la oposición y que tengamos la marina y el ejército convenientes para las guerras modernas, y provocando «disidencias» entre los monárquicos y entre los republicanos y entre los socialistas; pero ayudando, con habilidad, á los anarquistas.

Ellos son, ellos, los *loyolas*, los que hacen los «vickaitarras» y los «catallistas».

Pero el colmo de la explotación, lo espantoso, es lo que hacen de los niños.

En todas esas legiones de frailes y monjas, encerrados, ó sueltos, claro es que hay víctimas y verdugos; y que de «los miles de millones» que sacan de negocios, colegios y beneficencia, sólo sale para el extranjero el 50 ó el 60 por ciento. Pero hasta las familias más beatas quedan hartas de las hermanucas cuando asisten á los enfermos á domicilio. Ese punto lo trataremos, con infinitos datos, otro día.

Vamos á la gran infamia.

No hay más que mirar esas hermanucas con diversidad de tocas, que van por la calle, pálidas, con gafas muchas, la mirada torva, y el gesto ceñudo. Tienen algo de hombruno, como las abadesas y las superiores de los conventos y algunas monjas «de las que están en el secreto».

La naturaleza no admite puertas ni cerrojos, y cuando le cierran el arcaico se va por la trocha, y el vicio más inmundoso se desarrolla en los conventos, como en los harenes, como en los colegios en menor escala, y se cometen desórdenes obscenos inculcables.

Y allí entran con rostros y corazones angelicales y buenas dotes, pobres niñas, que son prostituidas por esos lobos con faldas.

Así la población no aumenta en España, y los conventos se abren por cientos; y la invasión de las comunidades extranjeras España; y para completar el cuadro llegan miles de frailes filipinos carlistas, enviados con el abuso brutal de las pobres indias y de las mestizas.

Y las madres y los padres entregan sus bellísimas é inocentes hijas, con cuantiosas dotes, en manos de tales «charrios viciosos» que las prostituyen con las variedades del más inbelle de los pecados capitales!

Y los padres envían sus hijos á los conventos de jesuitas y de frailes en general, á que les ma-

ten las inteligencias «para siempre», con el latín que sólo para eso sirve, y con las demás lenguas muertas, y hagan además porqueros con los pobres niños. ¡Y á eso se llama religión!

Urge que se abran los conventos; que los poderes públicos sepan lo que allí pasa; que pongan á las que lo quieren en libertad, y expliquen á las que allí se queden lo que es la virtud, y la moral y la honradez; y ellas confesarán á lo que se las obliga, como misterio, de Dios, con textos ¡qué brutalidad! de Santa Teresa.

¡Eso es un espanto! ¡Eso merece, si no fuego del cielo, (porque no ha de caer), como en Sodoma y Gomorra, si un acto de honrada y tremenda energía de los Gobiernos, ó una revolución general que dure quince días, como la de Enero de 1835 en Zaragoza, Reus, Barcelona, Tarragona, Valencia y Murcia, contra frailes y monjas, y concluya con un decreto como el de Mendizábal (cuya memoria beneficencia) de 9 de Marzo de 1836, suprimiendo las comunidades religiosas de ambos sexos.

A. Z.

IQUE LASTIMAI

Un cura Luch, (que salió de Peñíscola por asunto grave de faldas), gateó al pulpito en Vinaroz hace pocos días, y puso verdes á los republicanos; y acaso porque ese color excita su apetito, quería conérselos.

Después sacó á colación las placas y excitó á sus ovejas y cabritos á ponerlas de nuevo, diciendo que si para ello había necesidad de verter sangre, él estaba dispuesto á derramar la suya; (anden con ojo los que acostumbraban en esta época á comer sangre de cerdo).

El pueblo, naturalmente, se entusiasmó con aquellas palabras evangélicas, y cuando el piadoso sac-do-te salió de la iglesia, vió como unas mil personas aguardándole frente á su casa, dispuestas á darle las gracias y unas cuantas patadas en la tripa y su reverso.

Y ¡oh fortaleza de la fe! olvidándose de cuanto había ofrecido, (lo de la sangre) tomó el olivo por los tejados y ¡ojos que te vieron ir!

Felicitó á los vecinos de Vinaroz por su buen deseo, aun cuando desgraciadamente no pudieran realizarlo.

Otra vez será.

ESE NOCEDALIN...

El *Siglo Futuro* escribió un artículo indecente (perdonenme el pleonismo; para saber que era indecente bastaba decir que era suyo), en que censaba á cuatro sacerdotes de escribir en *El País* y otros periódicos contra los abusos é injusticias del alto clero. Uno de los periódicos á que aludía era EL MOTIN, al que llamaba, como á los otros, carro de Sabatini. (Y en esto no le faltaba razón, ya que la especialidad de EL MOTIN consista en transportar basura clerical, para ver si los españoles llegamos á respirar bien moralmente).

¡Ba! á decirlo cuatro frescas al Nocedalín, ese que si no tiene la previsión de casarse con una mujer rica andaría por la esquina del Suizo dividiendo al verbo divino á sablazos de á peseta, cuando leo lo que EL País, el P. Sarmiento y el cura Martínón le dicen, y me apresuro á copiarlo, para proporcionar á mis lectores un rato de solaz al ver desmenuzarse á semejante hipócrita que vive de la Iglesia como el muérdago del árbol á que se enrosca.

FURIA NOCEDALINA

¡Bien! ¡muy bien! ¡archiretrablen! El *Siglo Futuro*, es decir, Remonito Nocedal, se ha salido al fin de madre. Ya era tiempo, desde que venimos soliviantando de intento.

¡Había llegado la hora de retratarle al desnudo, porque es una de las calamidades nacionales con que necesariamente hay que concluir, y uno de los peores vicios malandrines que precisa castigar en la piqueta; pero el gran Tartalo se callaba. Ha sido necesario tocarle de intento á la marina, al buico, al bisco realmente suyo del todo, al filo de su mujer, y verbo, aunque irregular é ininteligible, del integrismo, para que saliera, como al fin la salida, gracias á Dios, para darle motivo de tratarse como se merece, sin contemplaciones.

Ya tenemos al monstruo en la arena, armado de todas sus armas, la calumnia, la mentira, el embrollo, la mala fe y el odio.

Conociéndole los curas y los uros, periodistas inclusive, á estilo de Valentín Gómez, le temían; es claro, sus patas no estaban muy limpias, ó bien sus temperamentos de hombres honrados, pues los hay entre todos ellos, les hacían temer el escándalo y las injurias de ese *Caciquismo* de la Iglesia.

Nosotros, precisamente por conocerle de sobra, no sólo no le tememos, sino que le hemos provocado siempre, deseando ser objeto de sus iras cursis, porque habrá pocos hombres más cursis que él en este mundo; iras pueriles, porque ni los niños se emborrachaban como este *esfunt terrible*, y ridículas, porque ninguna persona decente lo ha tomado jamás en serio.

Nocedal vive del odio, de la envidia y del despecho, al verse en su orgullo siempre fracasado. Luchado con pretensiones, no ha logrado un solo triunfo; autor dramático, fué silbado con estrépito; historiador de los Papas, no encontró lectores y tuvo que dejar su obra apenas empezada; filósofo, lo confundieron las notabilidades desde el P. Sánchez á M. Uéla-Pelayo, que lo detesta; pretendiente á filósofo y canasta, lo patearon hombres como el P. Zola, el mismo Isern, Laitón, y tantos otros, además de verse condenado por Roma de un modo vergonzoso; periodista, ni logró la circulación de los mejores rotativos, ni un sólo triunfo verdadero, mas sí derrotas como aquélla que le proporcionó Isern, haciéndole condonar textos del mismo *Siglo Futuro* en el mismo *Siglo Futuro*, y la que le hizo sentir Díaz Pérez en aquello del masonismo de Tirado, que fué la rechilla de toda la prensa.

En la política, apenas jefe de un partido, le dan de puntapiés; y cuando al frente de una Iglesia intrínseca en disidencia con más utilidades que ilustraciones, pretende acrecerse á la legalidad en su eterno afán de ser ministro, y presidente del Consejo, Pidal lo humilla, se le alejanta y lo destroza dejándolo tan mal, que ni el polvajeismo lo ha podido rehabilitar; y ahí está, rico, sí, millonario, pero arrinconado, comediado los puños de rabia, de envidia y de despecho, al ver

trabajo, única base del bienestar.

¿Por qué todo el mundo por cima de su casa... ¿Por qué la curia romana se no le teme, que le desprecia; los obispos le miran con desdén... ¿Por qué le atreven como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero... ¿Por qué le desprecian como a un niño, que se abalanzan sobre él como sobre un cordero...

Papa y Rampolla no tenían formalidad; me dijo una persona tan respetable como el P. Garzón, que los integrantes no iban a ninguna parte, y seguían siendo integrados; y yo lo que tú sabes y no flaqueas en la fe, pero, amigo mío, llegué un día a que el Nuncio de Su Santidad, monseñor Angel B. Pietro, me llamó a su despacho con motivo de haber aparecido mi nombre en una de las listas de donaciones para no sé qué suscripción que hacía el *Siglo Futuro* y me dijo que me abstuviera por completo de colaborar en un periódico, nada grato a Rampolla, fueron sus palabras, y que para figurar como integrados de acción empezara por hacer dimisión de mi cargo en la Nunciatura.

Pensé que quien me hablaba era el representante del Papa, pero además de virtudes y de talento; se ofreció a mis ojos la irracionalidad de un partido que se adornaba con el nombre de católico ferviente y defensor feroz de la Iglesia en España y daba un discurso diario al Nuncio y otro al Vaticano... ¡jempé a metecarlo!

Perdame que me haya puesto serio, sabiendo como sé, que no te gusta más que la guasa viva de los madrileños *pur sang*.

Para desquitarte, voy a defender mi bigote, despreciativamente tratado por ti, cuando a mí me tiene loco por su abundancia, brillo e inesperado color negro. Si muéstrame de envidia; me saca orgullo sin que intente nada de secretos chinos ni aguas de Arroyo.

Además te confieso que este bigote, que retuerzo con la fruición del que no está hecho a bragas, me hace creer que entre mis machos y graves defectos no debe de estar el de hacer farsas aunque sean lucrativas, pues cuando ejercía de sacerdote, lo fui de verdad y me faltó poco para dormir con la sotana puesta, y cuando por razones que no son del caso, he dejado los ministerios sagrados, he renunciado también noblemente a los derechos y privilegios que dan los hábitos.

Na he querido, mi Ramón querido, imitar a tantos y tantos sacerdotes integristas que por la tarde te hacen la tertulia, por la noche me levantan por bastidores y camuflados detrás de las cortinas, y a la mañana siguiente dicen misa para ganarse dos pesetas con cincuenta céntimos.

Voy a terminar de escribirte por recapitular, en el supuesto de que sigas queriéndome como cuando llamábamos *el pelo* a los pobres integristas rurales, que hoy, la verdad, no tendría inconveniente en decir alguna cosilla del Papa, de algunos obispos y de muchos sacerdotes; y así, pienso asistir alguna vez a tus tertulias y reanudar mis relaciones con tus intimos.

Hasta muy pronto, pues, mi Ramón de mi alma; ponme a los pies de mi señora doña Amalia y recibe un fuerte abrazo de tu

RAMÓN SARMIENTO

OTRA CARTA

Señor director de *El Siglo Futuro*.

Muy señor mío: En el número 7.515 de su *católico* diario, correspondiente al jueves 11, se permite usted injuriarme groseramente y en comedia con el censor eclesiástico de su periódico.

No los sagrados fueros de mi dignidad sacerdotal, por usted ultrajada, ni mi personal honra, por usted herida, hablan de conformarse con un desprecio que por asentimiento o cobardía se tradujera.

Ha dicho usted que yo uso un mote, y ha mentado usted a sabiendas.

Lleve con honra, que usted para sí la quisiera, el triste apellido de mi malicia, que aparece en todos mis escritos sin exceptuar la carta que no ha mucho le dirigí.

También le consta quién soy y sabe de ciencia cierta que pertenezco al clero diocesano, que he desempeñado cargos honoríficos y de confianza de mis preladados, que estoy en perfecta comunión con mi obispo, que ejerzo a diario mi sagrado ministerio, y que tengo licencias absolutas, en esta y en otras diócesis, de celebrar, predicar y confesar, sin restricciones de ninguna género.

Que no soy redactor de *El País*, en lo que acaso me creyera tan honrado como envilecido siéndolo de *El Siglo Futuro*.

Que no he presuntuído, como usted afirma, de cobrar el *burato* (¿ha sacado usted la palabra del *Kempis*?) en parte alguna; y si alude a los monumentales escándalos de San José, también le consta que reconocieron por causa mi conculcada declaración ante el Juzgado, de ser aquella colecturía una *letronería de misas*, en lo que me afirmo y ratifico.

En uso, pues, del derecho que la ley de Imprenta me concede, sírvase insertar esta rectificación en la forma y términos que aquella prescribe, b. s. m. s. s. s.

JOSE PÉREZ MARTÍN

Por lo copiado anteriormente, se ve que el danzante del Necedalín se ha caído de bruces. Seguiré copiando en tanto las caras aludidas le digan, para contribuir a que las personas decentes acaben de conocerlo y puedan escaparle a conciencia.

EL DIABLO Y SAN ANTONIO

Leo en la revista *El Pan de los Pobres*: «Hallándose el Prelado salmantino en el colegio de P. P. Agustinos, ocurrió que, a pesar de grandes diligencias, no podían encontrarse el sembrero ni el bastón de dicho Excmo. Sr. Obispo. Receló el responsable de San Antonio, y como por encanto aparecieron los anhelados objetos, quedando todos sorprendidos».

Pues de poco se sorprendieron. ¡Qué es eso, comparado con esto, que me ocurrió hace años!

No llevaba un duro en el bolsillo, y lo perdí. Al echarlo de menos, me encomendé a Satanás, y...

¡Oh sorpresa! ¡Oh prodigio! metí de nuevo la mano en el bolsillo, y me encontré con un duro y dos pesetas.

Esto se llama hacer las cosas bien, y a esto se debe el que yo deslire por Satanás. Hacer que parezca lo que no es ha perdido, eso lo hace cualquiera mucho más si se ha perdido premeditadamente para prepararse el milagro. Pero hacer que se lo pierda un duro el que no lo tiene, y devolvérselo acompañado de dos misas baratas, eso es mérito, y talento, y jaca pillín!

El comerciante de Sevilla don Ramón Galindez ha dejado en su testamento importantes cantidades destinadas a la instrucción de los obreros.

Inmediatamente que los frailes se enteraron, escribieron una carta a San Pedro para que no lo deje ni asomarse a la portería del cielo. ¡Estafarles así una cantidad respetable! Esto no tiene perdón de Dios, quien no hace más que lo que los frailes le mandan.

Buena la ha hecho ese señor Galindez, cuya memoria bendigo.

LO DE LA DIPUTACIÓN

Por Real Orden se ha concedido audiencia a varios diputados provinciales, para que puedan contestar a los cargos que se formulan contra ellos en la Memoria redactada por el señor Aparicio, en vista de lo que resulta del expediente formado a consecuencia de las denuncias que hizo Moyón en su célebre folleto.

Las inculpaciones son de carácter general, por cuanto afectan a todos los diputados que lo eran al ocurrir los hechos objeto del expediente, exceptuándose tan sólo dos diputados rurales, que permanecieron casi constantemente en sus pueblos sin concurrir a las sesiones.

Los diputados a quienes se da audiencia, son los siguientes:

Don Eugenio C. España. — Don Rufino Balerán. — Don Julián Ocho Carraleras. — Don Tiberio López. — Don Alvaro de Blas. — Don Antonio Agustín. — Don Eduardo Mejía. — Don Mariano Belmonte. — Don Manuel García Gordo. — Don Luis de la Mata. — Don Domingo Negro y Rojo. — Don Gregorio Pané. — Don Francisco Romero. — Don Manuel Salcedo. — Don Eduardo Yáñez. — Don Nicolás de Mateo. — Don Antonio Gómez Vallejo. — Don Ángel Pérez Maguán. — Don Juan Villanova. — Don Lucas del Campo. — Total 20.

También se hacen cargos a once exdiputados provinciales.

¿Qué saldrá de estas audiencias? Que todos los diputados son modelos en su clase, y que algunos hasta se han arruinado en beneficio de la Diputación.

Y si acaso, por no escandalizar demasiado, se elijen dos o tres de ellos para que representen el papel de procesados, irán de tal modo preparados los cargos, que los jueces se vean obligados a absolver. Es lo que ocurre siempre en estos casos.

Y resultará al fin que todo anda muy mal, que los servicios son pésimos, los niños de la Inclusa dimiten la existencia, y los pobrecitos diputados se enriquecen; pero que por nada de esto les alcanza a ninguno responsabilidad alguna.

Y vamos regenerando la administración pública.

Varios jóvenes muy conocidos en la buena sociedad de Madrid dieron hace pocas noches un escandaloso momento en una casa de la calle de la Libertad. Reunieron en ella un par de docenas de mujeres, y después de pasearlas por varias calles, volvieron a la casa, cerraron la puerta con llave, y echó usted borrachera, puñetazos, mujeres gritando, muebles rotos, desobediencia a la autoridad y demás aparato que el argumento de esa clase de obras requiere.

Dícese, y se explica, que todos los graciosos jóvenes conculgan en la religión de sus mayores, y que los nombres de algunos figuran entre los *lucios*.

Si esto resultare cierto, he aquí lo que entonces exclamaría este humilde servidor:

¡Ahora lo comprendo todo!

“YO ACUSO.”

Un extranjero domiciliado en Madrid y en la casa donde vive doña Juliana Semillán, madre de la joven que se dice violada por el fraile Menni, jefe, amo, director y explotador del manicomio de Ciempozuelos, enterado a fondo del asunto, indignado, y resultado a que se haga justicia en este vergonzoso abuso monástico, se ha dirigido a varios periódicos, *El Motín* entre ellos, suplicando la inserción del siguiente escrito:

«A título de publicista francés, y es claro, republicano, me permite molestar la atención de los lectores de *El Motín*, con lo que voy a exponer concerniente a la causa Semillán-Menni».

El día 28 de Diciembre pasado dirigí una carta al nuevo Nuncio en esta capital, denunciándole hechos del P. Menni, en estos términos:

1.º El caso de la violación de Francisca Fernández Semillán.

2.º El caso de haber causado a la joven Francisca varios abortos, con la ayuda del médico don José Rodrigo González y la de la reverenda madre doña Ángela.

3.º El caso de haberla inflacionado de enfermos y alucinados.

4.º El caso de que, por orden suya, el médico Menni practicó una operación quirúrgica a la joven Francisca, cortándole el cuello de la matriz para despreciar a los huesos de ciencia y quitar rastro de los abortos referidos.

5.º El caso de que estos delitos, en desprecio a todas las leyes, se han cometido dentro del Manicomio, sobre la Francisca, desde la edad de catorce años a la de veintidos, padeciendo ella de epilepsia, no de locura.

Rogaba y al Nuncio que hiciera las indagaciones nec y sari y la justicia que le pedia.

¿Saben ustedes lo que respondió el Nuncio? Nada... ¡Naturalmente!

Con la misma letra escribí también al señor presidente de la Diputación provincial, acusando a los tres criminales, el P. Menni, el médico Rodrigo González y la reverenda Ángela, manifestándole que estaba dispuesto a probar mi acusación con documentos que obran en mi poder y rogándole que hiciera justicia como era su obligación.

¿Saben ustedes lo que respondió el presidente de la Diputación? Pues... nada... ¡Naturalmente!

Después dirigí otra carta al señor marqués de Gualadara, presidente de la real Academia de medicina de Madrid, sin perjuicio de dirigirla al doctor Cortezo y otra al doctor Pulido, interesándoles a prestarme apoyo cerca del referido señor presidente de la Academia.

Me escribieron a éste decía:

«Yo acuso al Dr. José Rodrigo González, médico del Manicomio de Ciempozuelos:

1.º De haber causado contra la ley y contra el decoro profesional diferentes abortos a la joven Francisca Semillán, asilada en dicho Manicomio.

2.º De haber practicado una operación quirúrgica, cortándole el cuello de la matriz, con el propósito de hacer desaparecer los rastros de los abortos.

3.º De que, faltando a su deber, no dió conocimiento al presidente de la Diputación, ni a la madre de la víctima, de las citadas operaciones ni del mal físico y la violación.

4.º Añadiendo que un hombre así no es digno de llevar en adelante el título de médico.

La su consecuencia rogaba al señor presidente que sembrase una denuncia médica ante la cual concierne al don José Rodrigo González, y yo, que desde entonces quedaba a su disposición, esperando que en España, cual sucede en mi patria, los que así proceden son expulsados a puntapiés de toda sociedad o profesión honrada.

¿Y saben ustedes lo que me contestó el presidente de la Academia? Nada... ¡Era natural!

El mismo día dirigí una tarjeta postal al referido médico don José Rodrigo González, tratándole públicamente de criminal, y manifestándole, además de la acusación referida, que el destino a propósito para él estaba en el matadero de reses, y que si era hombre se pusiera como yo a disposición del presidente de la Academia, o si mi acusación y carta le ofendían, que me denunciara al juez competente, o que me enviara sus padrinos.

¿Saben ustedes lo que respondió el médico a un hombre como yo, en pleno uso de todos mis derechos, establecido y conocido en Madrid? Pues... nada... ¡Naturalmente!

También con la misma letra escribí al padre Menni otra tarjeta postal, para que pudiera ser leída por muchos antes que por él; en ella le acusaba de violador de la Francisca, de haberla contagiado con sífilis y de haber mandado al médico Rodrigo que la operase tan bestialmente como está probado; y le decía que si al presente continuaba siendo tan canalla como en Italia y en Francia, la causa de Francisca Semillán ha caído en manos francesas y será éste el último crimen que el Menni pueda cometer antes de ser castigado como se merece y de mano nuestra.

Como los otros, el P. Menni contestó... nada. ¡Naturalmente!

En vista de este silencio tan valiente, como propio de clericales, y persuadido de que nada he de conseguir así, estoy dispuesto a dar toda la publicidad al escándalo de este asunto es digno, tanto en folletos repartidos por las calles y en artículos e informaciones de los periódicos españoles y extranjeros, para que todos conozcan bien al fraile italiano Menni, y él y sus cómplices, caigan bajo el peso del público desprecio y de la execración del pueblo.

Esto dicho, el escándalo no se hará esperar. Reciba la redacción y público de *El Motín* mi más entusiasta saludo.

MARCELO LESCOUZERS

Calle de Jerte, 8, Madrid, a 12 de Enero de 1900.

Queda complacido el autor del escrito, a quien aplaudo por su virilidad y entereza.

Y supongo que si aquí queda un resto de amor a la justicia, los tribunales se encargaron de esclarecer si eso publicista francés es un calumniador. O si el fraile Menni es un criminal, lo mismo que la Sor Ángela y el médico Rodrigo González.

Porque si esos hechos de esta naturaleza quedaran impunes, una vez probados, haría para pedir que vinieran a conquistarnos, no ya los ingleses, los zulus.

Y dicho esto, sólo me resta suplicar a las buenas almas que sigan dando limosna a los pobrecitos frailes de Ciempozuelos, para que puedan continuar dedicados tranquilos y santamente a las obras pías de sus casas, y se relatan en el anterior escrito.

Desde 1860 a 1895 España ha gastado en marina dos mil trescientos cincuenta y siete millones de pesetas, y ni tenemos ni nunca hemos tenido escuadra.

Con esa cantidad deberíamos poseer ochenta y dos buques de combate, y sólo podemos poner en línea uno, carísimo por cierto el *Pelayo*.

¿Qué comentario poner a eso? Sólo cabe este:

¡Lo que se ha robado en España!

«Una monja, sor Dolores de Jesús, superiora del convento situado en la vía Gregoriana, y a quien protegía abiertamente el cardenal Rampolla, ha sido encerrada en la prisión de Mantelate».

Sor Dolores, que era muy bien recibida en el Vaticano, y que ha pasado durante muchos años por ser princesa de Baviera y sobrina del Emperador de Austria, resulta simplemente una intriga.

Se asegura que no es cierto ni su título ni el parentesco real, y está además acusada de varias estafas.

Todo esto ha causado gran escándalo en los círculos aristocráticos y en el Vaticano.

No me extraña que esa intrigante sea monja; precisamente la Iglesia está hoy llena de varones y hembras de ese calibre.

Lo que sí me extraña es el poco olfato de la gente que rodea al Papa infalible, para oler a los pillos y a los bribones.

¿Como no consista en el medio ambiente?

CUANTO ANTES MEJOR

Y dijo el jesuita Solá desde el púlpito en Suca, combatiendo la escuela laica:

¿De modo que la cuestión está en salvar el alma? Perfectamente. No se nos olvidará.

Y el día que la justicia del pueblo actúe en la calle, degollaremos, por ese principio, a cuantos jesuitas y frailes encontremos. ¿Qué importará que padezca la materia, si el alma se salva?

Y en esto no habría duda. ¡Santos ellos!... ¡Herejes nosotros!... ¡Y martirizándonos mucho!... ¡Al cielo, derechos al cielo irían!

Con que a rogar al de lo alto, hermosos, que os depare pronto la ocasión de morir por la fe.

Que por nosotros no ha de quedar.

A un orador revolucionario

¡Déis que ya conservador me he vuelto!... No; sígo sienten lo que fui; no muelo... No soy de aquellos que se dan por hartos variando los peones del tablero... ¡Volved éste de golpe y soy vuestro hombre!

Una revolución sólo conozco que no haya sido la obra de un tirante; la del Diluvio Universal, grandiosa sobre las otras mil revoluciones...

Y aún entonces... no lo fué glorioso; recordad de Noé la dictadura...

Empecemos de nuevo, mas de un modo terrible, radical... Y, para ello, ¡gran útiles serán los oradores!... Buscadme sólo el agua que la Tierra ha de inundar... Yo, en tanto, sonriendo, ¡colectaré un torpeda bajo el Arca!

ENRIQUE IBSEN

El gobernador de Málaga no ha permitido que los republicanos honren este año la memoria de los mártires de la República.

Lo aplaudiría, si supiera que lo había hecho por no creer a los republicanos de hoy, (empezando por mí) dignos tomar de siquiera en boca a los que supieron ayer sacrificarse por sus ideales.

Y Y YA, PA QUÉ!

Pocos días antes de la batalla de Elvuela, pasó el general en

Antes que el carlismo, la anarquía.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO EN EL PRESENTE SIGLO

El conato de levantar una partida en Barajas, á dos leguas de Madrid, dió pretexto para que pereciera en el cadalso muchos infelices, por sospechas ó falsas delaciones, formándose sus causas en horas, y ejecutándose las sentencias casi en el acto de notificarlas. Entre otros, murieron por considerarse más ó menos comprometidos en este intento, Cipriano Lafuente y Tomás Murciano, del regimiento de caballería de la Reina Amalia, ambos fusilados por la espalda; Laureano de Félix, del mismo regimiento, y Claudio Francisco Grande ó Montalvillo, hijo de Barajas, los dos arcabucados; don Nicolás Paredes, vecino de Madrid, fusilado por la espalda, y otros más. También fué ahorcado y luego descuartizado, aun contando sólo dieciocho años, Gregorio Iglesias, acusado de haber sido masón, y Tomás Franco, también de pocos años, por haber profetizado amenazas contra la vida del monarca.

Los sucesos de Tarifa fueron aprovechados por Fernando para extremar sus medidas reaccionarias y para premiar á todos los que habían desputado por realistas feroces, especialmente á los que en Torre de Riego, se recluyeron en los conventos de los eclesiásticos de opiniones liberales declarando vacantes sus beneficios; se apretó á las cancellerías, audiencias y juzgados, para que terminasen las causas criminales pendientes, para evitar el grave mal de no hacer pronto y ejemplares castigos (ahorcar, fusilar y descuartizar); haciéndose parte de esto con el propósito de contrapesar el mal efecto que había causado en los apóstólicos la disolución de las partidas absolutistas. Y por esto también comenzaron á exagerar su celo las comisiones militares establecidas en las capitales de provincia, verdaderos tribunales de sangre, autorizados á medir por un raso á los malhechores y salteadores de caminos y á los patriotas tachados de constitucionalismo.

Los historiadores de entonces hablan de criados vendidos á la policía para descubrir los secretos del hogar doméstico y aun de confesores que traficaban con las investigaciones que hacer podían en el tribunal de la penitencia.

Llegó á tal extremo el horror, que las mismas comisiones militares, compuestas de fanáticos apóstólicos, llegaron á asustarse de las infamias que cometían y consultaron al gobierno á fin de que les marcara reglas precisas, lo que motivó este terrible real decreto, fechado el 9 de Octubre de 1821.

«Después de oír el dictamen de su supremo consejo de la Guerra en este asunto, y conformándose con su parecer, se ha servido S. M. resolver lo siguiente:

Art. 1.º Que los que desde el día 1.º de Octubre del año próximo pasado se hayan declarado, y los que en lo sucesivo se declaren, con armas ó con hechos de cualquiera clase, enemigos de los legítimos derechos del trono, ó partidarios de la Constitución publicada en Cádiz en el mes de Marzo de 1812, son declarados reos de lesa majestad, y como tales sujetos á la pena de muerte.

Art. 2.º Los que desde la misma fecha hayan escrito ó escriban papeles ó pasquines dirigidos á aquellos fines, son igualmente comprendidos en la misma pena.

Art. 3.º Los que en parajes públicos hablen contra la soberanía de S. M., ó en favor de la abolida Constitución, si sus conversaciones en público contra la soberanía de S. M. y en favor de la abolida Constitución, no produjeren actos positivos y fuesen efecto de una imaginación indirectamente exaltada, quedan sujetos á la pena de cuatro á diez años de presidio con retención, según las circunstancias, las miras que en ellas se hubiesen propuesto, y la mayor ó menor trascendencia de su malicia.

Art. 4.º Los que seduzcan ó procuren seducir á otros con el objeto de formar alguna partida, si se probare que ha mediado algún acto positivo, como entrega de dinero, armas, municiones ó caballos, quedan declarados reos de lesa majestad y sujetos á la pena de muerte; si no á una extraordinaria.

Art. 5.º Los que promuevan alborotos, que alteren la tranquilidad pública, y cualquiera que sea su naturaleza ó el pretexto de que valgan para ello, si el alboroto se dirigiese á trastornar el gobierno de S. M., ó á obligarle á que condescondiera á un acto contrario á su voluntad soberana, se declaran reos de lesa majestad y como tales se les impondrá la pena de muerte; pero si el movimiento tuviese algún origen de causa imprevista, y que no se dirija á tan funesto objeto, se les impondrá la pena de presidio de dos hasta cuatro años, y proporcionalmente á los cómplices y auxiliares.

Art. 6.º No deberá servir de excepción la embriaguez para la imposición de la pena, probado que sea que el delincuente era consuetudinario en este exceso, y que le inducía á otros, así como no lo es para el soldado, según la ordenanza general del ejército.

Art. 7.º Queda al prudente é imparcial criterio judicial la fuerza de las pruebas en favor y en contra del procesado.

Art. 8.º Los que hubieren gritado muera el rey, son reos de alta traición, y como tales sujetos á la pena de muerte.

Art. 9.º Los masones, comuneros y otras sectas, atendiendo á que deben considerarse como enemigos del altar y del trono, quedan sujetos á la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes para la real cámara de su majestad, como reos de lesa majestad divina y humana, exceptuándose los indultados en la real orden de 1.º de Agosto del presente año.

Art. 10.º Todo español, de cualquiera clase, calidad y distinción, queda sujeto á estas penas, bajo el juicio de las comisiones militares ejecutivas, en conformidad del real decreto de 11 de Septiembre de 1810, por el que S. M. tuvo á bien en las causas de infidencia ó por verter ideas subversivas, privar del fuero, que por su carácter, destinos ó carrera les está declarado.

Art. 11.º Los que usen de las voces alarmantes y subversivas de viva Riego! viva la Constitución! muera los frailes! muera los tiranos! viva la libertad! deben estar sujetos á la pena de muerte, en conformidad del real documento de 4 de Mayo de 1814, por ser expresiones atentativas al orden y convocatorias á reuniones dirigidas á depurar la sagrada persona de S. M. y sus respetables atribuciones.

«Cómo extrañar, después de leer esto, que ante el espantoso cuadro que presentaba España, un historiador exclame?

«Hábase apoderado de los consejeros del rey un delirio de sangre que sofocaba los sentimientos naturales del corazón, y mirando los hombres y los sucesos con el vidrio de aumento de los partidos, habían cambiado las dulces fricciones de

la humanidad por el rabioso anhelo de los tigres. Buscando por donde quiera víctimas que inocular, derramándose la policía por las calles y escuchaba desde las puertas y ventanas los razonamientos de las casas: una canción, una palabra oída por sus satélites, arrastraba á los presidios ó al cadalso. Cuando ni sospechas de delito aparecían en la causa y no osaban condenar al acusado al último suplicio, sentenciábanle á la ignominia de ser azotado en las plazas públicas, á veces por ser liberal ó por haber dicho que lo había sido. Repugna la lúgubre pintura de tantos crímenes en un siglo que llamamos ilustrado y bajo un gobierno europeo.

En los comienzos del año 1825, y para que no quedase duda del propósito de aniquilar cuanto trascendiese á liberal, vióse jurar la grandeza de España de primera clase á generales de órdenes religiosas en pago de los servicios que prestaban á la reacción al decir: «Ahí tenéis, (señalando á los liberales que estaban en el templo), ahí tenéis á los impíos y herejes; qué hacéis que no los arrojáis de la casa de Dios, que están profanando con su presencia?» Y el resultado inmediato de todo esto era el apaleamiento de los liberales, el zambullirlos en los ríos y estanques, y el afeitarlos el bigote en seco, con otras cobardes infamias parecidas.

El 16 de Enero se declararon nulas todas las reducciones de censos pertenecientes á las regulares, y sin acordar el reintegro de las hechas, se obligó á pagar á los censuistas las pensiones vencidas.

El 26 de igual mes se decretó que, «para volver al altar aquel brillo y esplendor que por desgracia había perdido en las últimas épocas de guerra y revolución, los novicios de las órdenes religiosas quedasen exceptuados y libres del sorteo para el reclutamiento del ejército.»

Lo que al cabo de 75 años ha reproducido la reacción que nos deshonra, y que llegará más allá que la del 28 al 33, si los liberales no se deciden á tener vergüenza.

El Superintendente interino de policía, don Juan Recacho, publicó un bando en Mayo de 1825 que decía en su primer artículo: «Ninguna persona de cualquier clase ó condición que sea, podrá zaherir ó denigrar las providencias del gobierno de S. M., y en el caso de que alguna sea sorprendida en el acto ó convencida de este delito, será inmediatamente arrestada y entregada al tribunal competente.» El 3.º imponía á los «dueños de las fondas, cafés, casas de billar, tabernas y otros establecimientos públicos, la obligación de denunciar á la policía las conversaciones en que aquellas, bajo cualquier pretexto, fuesen censuradas. El 5.º castigaba y encausaba á todo el que recibiese por el correo, ó por cualquier otro conducto, papeles anónimos que hablaban de materias políticas ó de las disposiciones del gobierno, y no los entregara inmediatamente á la policía. El 6.º marcaba las mismas penas á los que recibieren, leyeran ó copiaran papeles ó cartas firmadas que hablaban de la misma materia en sentido subversivo. Y el 7.º decía: «Los que tengan reuniones públicas ó secretas en las cuales se murmuren las disposiciones del gobierno, ó se pretenda desacreditar á éste por medios directos ó indirectos, serán procesados, y además de las penas que señalan las leyes, pagarán la multa de cien ducados cada uno de los concurrentes.»

Un historiador de aquella época dice: «No era lo más grave el candado que se ponía á los labios de todos, no fuera que abriéndolos se soltara una expresión que pudiera tomarse por censura indirecta del gobierno. ó de alguna de sus disposiciones. Tampoco era lo más sensible privarse de toda correspondencia escrita por miedo de recibir una carta ó papel que de política hablase. De todo esto podía privarse, apartándose de toda comunicación social, á trueque de no verse envuelto en una causa y bajo el fallo de una comisión militar ejecutiva. Pero ¿quién podía estar seguro de una delación? ¿Quién evitar que por el correo le fuese dirigida una carta, ó que por cualquiera otro conducto se introdujese en su propia casa un papel llevado acaso por el mismo que después había de reconocerle, á ciencia cierta de encontrar el cuerpo del delito?»

Por haber alabado al gobierno representativo, la comisión militar de Murcia quitó la vida á Juan Solana y á Antonio Perrelli.

Por gritar este borracho viva la Constitución, don Simón Alfaro murió en garrote vil, en Valencia.

Por decir: estas cosas no han concluido aun y hay que cortar la lengua á muchos, impuso la comisión de Valladolid cuatro años de trabajos públicos al estudiante E. Hernández Gómez.

Por haber sido masón ó comunero, Francisco Llanjelo fué arrastrado, ahorcado y descuartizado.

Por encontrar la policía en el equipaje del coronel Eguiguren un cuadro de la Constitución en el acto de jurar al rey, sufrió cuatro años de presidio.

Por exaltar contra el rey, fué ejecutado en Valencia Salvador Llorens.

Por haber sido masón ó comunero, murió en la horca Juan Antonio Eriza.

Por haberse dicho, aunque no probado, que había besado el sitio donde estuvo colocada la lápida de la Constitución, sufrió en Navarra cuatro meses de presidio Joaquín Lejaleja.

Por haberse encontrado colgado de la pared y á la vista de todos, un retrato de Riego, en la casa de Francisco de la Torre, zapatero de Madrid, de cincuenta y cinco años, se le pasó sobre un pollino con el retrato pendiente del cuello, hasta el sitio donde estaba levantada la horca, y después de presenciar allí cómo el verdugo quemaba la estampa, sufrió diez años de presidio; su mujer, Soledad Mancera, acusada de irreverencia á una imagen de la virgen de los Dolores, estuvo diez años en la galera, y por este mismo delito se condenó á su hijo Juan á dos años de presidio.

A dos años de presidio condenó la comisión de Murcia al sargento indefinido Manuel Escalera, por haber profetizado, según la Gaceta, expresiones ambiguas.

José Rodríguez, granadero del regimiento de Borbón, arrastró diez años cadena en Ceuta, por haber elogiado simplemente la Constitución de 1812.

Por desafecto al rey, impuso la comisión de Cádiz dos años de trabajos públicos á Andrés Negrete.

En la horca murió, por sentencia de la comisión de Madrid, Felipe Calderón, reo de haber cantado unas versos que hablaban con impiedad de Jesucristo, del papa y del rey.

Arcabuceado murió por orden del mismo Consejo, Vicente Oroz, á quien se impidió haber gritado ¡muera los reyes! ¡viva Riego!, presenciando su muerte Saturnino Espinosa, condenado además á diez años de presidio, por acompañar á Oroz en el momento del delito, no obstante haber guardado silencio.

Esto, dice un historiador, y mucho más que se omite por no alargar indebidamente esta enu-

meración y porque no siempre daba cuenta la Gaceta de las sentencias de las comisiones ejecutivas, no les parecía bastante al rey y á Cislarde, quienes ordenaron (Abril 18-año 1825), que cuando declarasen la inocencia de los acusados, consultasen á los capitanes generales, por si éstos hallaban injusta la sentencia. Diéronse así las comisiones á trabajar con nuevo empeño, ayudadas de la policía secreta, que detenía y abría las cartas que circulaban por el correo, y prendían á quienes las firmaban, cuando ser podía, y en todo caso á quienes iban dirigidas. Llenas estaban así las cárceles de personas de toda condición, edad y sexo: centenares de señoras lloraban en ellas, por haber usado abanicos ó adornos de los colores proscriitos, y que después de haber sufrido los insultos, las humillaciones y el oprobio, eran destinadas á la galera, donde muchas morían de horror al verse confundidas con las rameras.

Chaparrón, presidente de la Comisión ejecutiva de Madrid, y para quien parece haberse inventado el adjetivo infame, no dejó que holgase la horca ni un solo día en los tres meses que ejerció su terrible ministerio, habiendo semanas en que funcionó dos y más veces cada día. Obra suya fué la sentencia, por la que se ahorcó y cortó la mano derecha, que tuvo pendiente del cuello mientras su cadáver permaneció en el suplicio, al insigne liberal don Juan Federico Menaje, que vivía oculto en un pueblo inmediato á Madrid, y á quien se acusó del absurdo de haber intentado envenenar las aguas de la fuente del Berro, destinadas al uso de la familia real. Al caer sujeto del cuello el cuerpo inocente de Menaje, Chaparrón le cogió de las piernas, y tirando de ellas, ayudó en su oficio al verdugo. También fueron obra suya el suplicio de Antonio Piedra Bueno, acusado de haber dicho una expresión ofensiva á la dignidad real, y la sentencia que condenó, en su ausencia, á la horca, ó á ser fusilado si no había verdugo, y á la confiscación de bienes, á don Emeterio Landesa y don Francisco Urcilla, por acusarse de haber pinchado con la punta de un cuchillo un letrero que decía: viva el rey absoluto!

Tan atrozmente criminal era la conducta de las comisiones militares, que don Francisco Javier de Burgos, comisario de la Caja de amortización en París, envió una representación al rey, en que entre cosas importantes le decía: «...La medida administrativa que impuso á millares de personas la pena de destierro forzado, fué una proscripción verdadera, que se ha agravado después por la inhabilitación de hecho para servir empleos del Estado y para desempeñar cargos de república, de que ha resultado á los excluidos menoscabo de derechos, mengua de reputación y perjuicio de intereses.

Estas medidas, señor, han enconado los ánimos de los españoles, exacerbado los resentimientos y generalizado la desconfianza recíproca, que, origen exclusivo de la miseria que nos abruma, es al mismo tiempo el obstáculo más insuperable para toda mejora posible. Ellas han empujado á países extranjeros y aun enemigos, muchos capitales, muchos brazos, muchas cabezas que habrían sido y pueden aún ser útiles á su patria; ellas han indisputado contra nosotros los hombres ricos de todas las naciones, que amigos necesarios de la paz, son enemigos ardientes de las medidas que la turban; ellas nos han condenado á la animadversión de las gentes justicias é instruidas, que han visto con dolor pérdidas para nosotros las lecciones de la historia, y sofocados por el grito de las pasiones los documentos de la experiencia de todos los siglos.»

Y hasta uno de los generales más realistas y de más influencia en palacio, don Luis Fernández de Córdoba, indignado, tuvo el honrado valor de dirigir al rey pocos días después una enérgica exposición contra las comisiones militares. «La justicia administrada por ese odioso tribunal, decía, toma el carácter de una venganza horrible y furiosa, que tiene consternado á todo el país y afligidos á los buenos servidores; el decoro de las insignias militares que S. M. mismo viste, pide con urgencia su supresión con tanto anhelo deseada.»

De la exposición de Burgos no hizo caso el monarca con celo, pero la del general le asustó, y se rodeó de personas que hicieran creer en un cambio de política. Esto aumentó la furia del bando clerical.

Para contrarrestarla, y tener pretexto de seguir derramando sangre de liberales, el miserable Fernando preparó un movimiento ultrarrealista; de esta manera, según un historiador:

«Llamó el rey á don Pedro Terrones, tesoro de palacio y amigo de Bessieres, y le dijo que estaba preso por sus ministros; que éstos, unidos á Francia, le tenían sin voluntad propia, y que querían transigir con los revolucionarios, imponiendo á la nación un gobierno representativo; concluyendo por manifestarle que, para salvarle á él, á los realistas y á España, no había más medio sino que Bessieres, en combinación con otros buenos españoles, se pusiese á la cabeza de ellos y le restableciera en su libertad, salvándole de aquellos malos ministros que no podía soportar.»

Habló Terrones con Bessieres en el Buen Retiro, y creyendo éste de buena fe cuanto oía, contestó á Terrones, que podía decir al rey que estaba pronto á derramar su sangre en su defensa, esperando sólo la orden del día en que debiera elevarse al campo, siempre que se le diesen algunos medios para combatir el movimiento.

Terrones dió cuenta al rey, quien le encargó dijese á Bessieres que dispusiera de cuanto dinero necesitase, y que no lo extrajese que hubiera de hablar con él, pues como estaba preso por sus ministros, se exponía á malograr el golpe, por las sospechas que podían despertarse.

Bessieres comenzó á entenderse con el comandante Gómez, con el coronel de Infantería Barrios, con los realistas de Brihuega, donde tenía muchas amistades, contando siempre, como el rey dijera á Terrones, con que se le unirían, apenas dado el grito, los cuerpos de la guardia real. Pidió órdenes é instrucciones por escrito; Terrones las solicitó del rey, quien mandó que las extendiese su favorito y secretario particular Salcedo; otras fueron dictadas por el mismo rey á Terrones; entre aquellas estaban las necesarias para entregar á Bessieres cuanto dinero la fuerza indispensable. Bessieres rehusó recibirlo, pero dispuso que Barrios se encargara de cobrarlo en la tesorería del palacio, y de su inversión.

Mientras esta intriga se realizaba, Fernando VII recibió un día en corte; asistió Bessieres, y acercándosele el rey, preguntó cómo estaba de salud, y bajando la voz le dijo: «Supongo que continuas trabajando en lo que Terrones te ha dicho; no dejes de hacer cuanto él te prevenga.

Seguro así de la voluntad de su soberano, Bessieres dejó la Granja y se dirigió el 15 de Agosto de 1825 á Getafe, donde consiguió que se pusieran á sus órdenes tres compañías del regimiento de caballería de Santiago, con su comandante don

Valerio Gómez y algunos grupos de voluntarios realistas.

Al llegar á Brihuega, punto de reunión de los conjurados, á donde le precedían Bessieres, los soldados de Santiago abandonaron á sus jefes, volviéndose á Getafe. Bessieres, sin embargo, siempre en nombre del monarca, convocó á los voluntarios realistas del contorno, muchos de los cuales acudieron, formando así un contingente de cuatrocientos hombres.

En tanto el traidor Fernando, al ver fracasado el plan, firmaba á los dos días, el 7, este decreto: «Artículo 1.º Si á la primera intimación que se haga por los generales, jefes y oficiales de mis tropas no se entregasen los rebeldes á discreción, serán todos pasados por las armas.

Art. 2.º Todos los que se reúnan á los rebeldes y hagan causa común con ellos, serán castigados con la pena de muerte.

Art. 3.º No se dará más tiempo á los rebeldes que se aprehendan con las armas en la mano, que el necesario para que se preparen á morir como cristianos.

Art. 4.º Cualquiera persona, fuesen ó no militares, que en otro diverso punto cometiesen igual crimen de rebelión, incurrirán en la pena señalada en los artículos anteriores.

Art. 5.º Serán perdonados los sargentos, caballos y soldados que entreguen á sus jefes y oficiales rebeldes.»

Y el 21 firmaba este otro: «Declaro á don Jorge Bessieres traidor, y que como tal ha perdido ya su empleo, grados, honores y condecoraciones. Igual declaración hago respecto á los jefes y oficiales que le acompañen, y á los que cooperen con las armas en la mano á su criminal tentativa.

Todos ellos serán, inmediatamente que sean aprehendidos, pasados por las armas, sin más demora que la necesaria para que se preparen cristianamente á morir.

Todos los que favorezcan ó auxilien, aunque sea indirectamente, los que comuniquen avisos, mantengan, conduzcan ó encubran correspondencia con dicho jefe rebelde, serán presos y juzgados breve y sumariamente con arreglo á las leyes del reino.

Mi alcalde de casa y corte don Matías de Herro Prieto, procederá á instruir una sumaria información para averiguar los cómplices en este alzamiento revolucionario, arrestando á los que resulten complicados, cualquiera que sea su estado, clase y condición, etc.»

Bessieres, al verse perdido y abandonado, trató de salvarse en los pinares de Soria, pero cayó prisionero en el pueblo de Zafra, siendo conducido el 25 á Molina de Aragón, donde le esperaba el conde de España. Inmediatamente, con arreglo á los decretos, lo puso en capilla con sus compañeros, y sin tomarles declaración ni permitirles defensa, lo fusiló á la mañana siguiente, con los comandantes Gómez y Peranton, el ayudante Ortega y los tenientes Velasco, Cisvona y Torres.

Aun tratándose de un rey que tantas felonías cometió, resulta monstruosa ésta. Si Bessieres hubiese triunfado, Fernando se habría aprovechado del triunfo; vencido y muerto le sirvió lo mismo, pues caliente aún el cadáver, pasó una nota á Francia diciéndole que le era imposible cambiar de política, aun cuando lo deseara; y en prueba de ello, había tenido que fusilar á uno de sus mejores generales y á varios jefes y oficiales, que se le habían sublevado porque lo encontraban poco riguroso aun con los revolucionarios.

No era esta la infamia primera de igual índole que había cometido Fernando. Con idéntico propósito, aun cuando escondiendo más el bullo, hizo antes que se sublevara el brigadier Capapé, abandonándole también á su suerte en cuanto lo vió perdido.

A los tres días de fusilado Bessieres, se ejecutó al Empepinado, el famoso guerrillero de la Independencia.

Bajo la salvaguardia de la fe militar vivía en Roa, villa inmediata á Castriello de Duero, donde nació, tranquilo, querido y respetado por todos y sin intervenir en política para nada.

Un miserable digno de tener por rey á Fernando, un tal Domingo Fuentenebro, había jurado vengarse de don Juan Martín por resentimientos privados; y aprovechándose de que él ejercía el cargo de corregidor, y alegando que el Empepinado había permanecido con las armas en la mano después de la libertad del rey, formó causa, lo metió en un calabozo, y encontró testigos entre los servidores de Roa para probar cuanto se le antojó.

El proceso fué largo, y durante él sufrió la víctima un trato feroz; pero lo horrible, dice un historiador imparcial, lo inaudito, lo que hace exarzar los cabellos como acto de inconcebible barbarie, fué haber mandado construir una jaula de hierro, donde había encerrar al desventurado don Juan Martín y exponerle á modo de fiera salvaje en la plaza pública, en los días de mercado, al escarnio de la multitud de la feroz y vengativa plebe, que se complacía en atormentarle, insultándole de palabra, apedrándole y tirándole inmundicias.

Condenado á la pena de horca, cuya sentencia confirmó la Sala de alcaldes de casa y corte, contra el voto de dos de sus miembros, que no hallaron méritos para tan cruel fallo, un general francés exhortó al monarca, en nombre de su nación y del mundo civilizado, á que impidiera aquel suplicio ofensivo á la humanidad. Fernando desoyó las exhortaciones como Fuentenebro las desesperadas súplicas de la anciana madre del Empepinado.

Puesto en capilla, de ella salió el inocente reo confesado y contrito; mas en el camino y cerca ya del patíbulo, fuera de sí, al ver su espada en manos del comandante de realistas que formaba parte de la lúgubre comitiva, gritó ¡viva la libertad!, y rompiendo con hercúlea fuerza las esposas que sujetaban sus manos, apodose de la cabalgadura que le conducía y se dió á huir, con gran espanto de los circunstantes, que asustados le abrieron calle.

En su precipitada carrera cayó do bronce, y echándose sobre él los voluntarios realistas que le servían de cortejo, acerbillándole á bayonetas; y como encanillado de coraje los atacara con sus puños, promovióse una lucha á brazo partido, que sólo terminó cuando cubierto de heridas fué por sus custodios sujeto y atado con una soga, y levantado así su cuerpo hasta la altura del cadalso, donde al fin espiró (Agosto 19).

El nombre de don Juan Martín el Empepinado inscripto está con letras de oro en el salón del Congreso de los diputados, entre los mártires de la libertad española, y sus conatos, trasladados desde Burgos, descansan no lejos de las del Cid. Todo esto merecía, por la infame muerte que le dió el despotismo y por los extraordinarios servicios que había prestado á su patria.

La orden dictada contra la Masonería no había producido las víctimas que calcularon al dictarla, y era preciso demostrar que no se había dictado en vano. Sorprendidos en Agosto de 1826, al iniciarse á un profano, todos los miembros de una logia de Granada, murieron ahorcados el venerable

Felipe Azo, comandante; don Juan Sánchez, indefinido; José Barreta, teniente también indefinido; Ramón Alvarez, Francisco Alvarez y Francisco Merlo, oficiales indefinidos; Antonio López, fiel de fechos, y Manuel Suarez, paisano.

La fraileja lanzó un rugido de alegría, y en algunos puntos los realistas celebraron el fausto suceso con regocijos públicos.

A propósito del predominio brutal que por entonces alcanzó la fraileja, he aquí lo que dice un historiador:

«Confianza á los frailes la enseñanza de las Universidades y Seminarios, dirigidos por jesuitas los Colegios Mayores; designados para texto los que contenían doctrinas más favorables á la teocracia y al poder absoluto de los reyes; prohibidos por los obispos los libros en que pudiera aprenderse algo de filosofía, ó de economía política, ó de crítica histórica, siquiera no se traxen ni con la religión ni con la moral; sujetos á purificación, no sólo los profesores y alumnos de todas las clases y escuelas, sino también las maestras de niñas, la educación de la juventud tomaba un tinte de oscurantismo é hipocresía aceroso, siquiera porque se hacía particular estudio en prescribir y hacer ejecutar las prácticas exteriores de devoción con aparato y publicidad, señalando días fijos para que los estudiantes de cada establecimiento concurran y conguirieran en cuerpo y como procesionalmente, é hicieran lo mismo los voluntarios realistas por batallones, con sus jefes á la cabeza, y las tropas, los empleados públicos de cada oficina, los jueces, magistrados y curiales, dando ejemplo el monarca, que, sin ser moigato, mas para satisfacer á los apóstólicos, daba ejemplo, acompañado de su esposa, los príncipes, el nuncio y el patriarca, marchando á la cabeza de las cofradías.

El lujo de devoción llegó al límite en 1826, á causa del jubileo otorgado por el Papa á cuantos visitasen las iglesias: «España parecía haberse convertido en una procesión continuada, que se cruzaba en todas direcciones, y se extendía desde la capital de la monarquía hasta el más infimo lugarejo.

Entre el clero y los voluntarios realistas era imposible vivir en España, pues un voluntario realista en aquel tiempo equivalía á un semidios; convencido de que el cielo bendecía sus empresas porque sostenía el altar, y de que el príncipe reinaba por él y le debía el cetro, creíase autorizado para cometer los mayores atentados; y mirando á sus conciudadanos impíos y rebeldes, dábale á sí mismo el nombre de elegido del Olimpo y del palacio para gozar los dones de la fortuna.»

Tantos atropellos, tantos agravios á los liberales, fuerosamente habían de suscitar protestas y una de ellas fué la de los hermanos Alvarez Bazán, don Juan y don Ambrosio.

Emigrados en Gibraltar, creyendo que los patriotas acudirían á su llamamiento, desembarcaron el 18 de Febrero de 1826 en la costa de Alicante con 60 emigrados. Los voluntarios realistas de Guardamar se lanzaron sobre ellos en gran número; trataron de embargarlos, no lo consiguieron, y se ampararon en la Sierra de Crevillente, donde al cabo de algunos días fueron copados, muriendo el teniente coronel don José Sellés.

Mortalmente herido don Juan Bazán, su propio hermano, para que no cayese en manos de sus perseguidores, le disparó un pistoletazo en la sien, y se disparó el otro luego. Ambos tiros tallaron, y por esta razón cayeron en poder de los realistas, como todos los suyos, siendo fusilado don Juan en las mismas parihuelas donde lo conducían herido, como lo fueron 28 en Alicante, entre ellos el teniente coronel Pardo Figueroa, y los artilleros don Marcial Patillo, don Juan Blanguer y don Antonio Marsa, sacrificando á muchos más en varios pueblos de aquella región en concepto de cómplices y de coautores.

En la Gaceta del jueves 23 de Marzo de 1826 se dió cuenta de la ejecución de don Antonio Carró (a) Paranalla, en esta forma: «Murió impenitente y dejando consternado al numeroso concurso que asistió á este horrible espectáculo, haciéndolo más espantoso un terrible torbellino que se observó al espirar este malvado, quien salió de la cárcel blasfemando y diciendo tales palabras, que no se pueden decir sin vergüenza; y á pesar de haberle puesto una morriña, repitió como podía: «¡viva mi sacral vida la institución masónica!» así fué arrastrado á la cola de un caballo hasta el patíbulo. Por más diligencias que han hecho sacerdotados de todas clases, no han podido conseguir que ni siquiera pronunciase el nombre de Jesús y de María, antes bien los despreciaba con injurias é inauditas blasfemias; después de muerto se le cortó la mano derecha para ponerla en el sitio de sus delitos, y arrastrando su cadáver, lo condujeron al matadero. Así concluyeron miserablemente su vida estos proclamadores de la libertad, y esta es la felicidad que prometen á los que los siguen; ir á parar donde van las bestias.»

Privaba entonces este estilo. Por esto al anunciarse por la Gaceta Extraordinaria la aparición de los Bazanes, se decía: «Una nueva guillotina de aquella raba de desalmados forajidos á quienes no le escarmienta la experiencia...»

Las Cortes liberales, habiendo tenido en cuenta que el diezmo que cobraba el clero significaba por término medio el 40 por 100 del producto líquido, por cuanto no se deducía nada por el arrendamiento de las tierras, gastos de labranza ni similia, redujo en 28 de Junio de 1821 á la mitad esta contribución. Derroga este decreto en 1825, mandándose abonar el diezmo de la cosecha de 1823 y 24.

En 4 de Noviembre y 18 de Diciembre de 1826 se eximió á los frailes franciscanos y capuchinos del pago de derechos de consumos ó de puertas, que se cobraba hasta al mendigo que recogía en el campo un puñado de espárragos.

A cambio de estas concesiones á los frailes que arruinaban al país, se ahorcaba por el hurto más pequeño. Un pobre albañil, incluso, que vivía en la miseria extrema, robó dos libras de tocino; confesó su delito y fué condenado á muerte. La defensa atrevida y valiente que hizo Olózaga, joven á la sazón, le salvó la vida. Exclamó en un arranque sublime, cuando había dominado con su elocuencia al tribunal: «¿Quién podría decir, sin commoverse, si se está ó no decidiendo aquí la vida ó la muerte de un hermano del desolador ó de un hijo de los jueces!» El albañil, en vez de ser ahorcado, fué á presidio.

Disgustado el bando apóstólico porque Fernando no restablecía la Inquisición, que con seguridad no habría podido cometer más crímenes que él, fraguaron una conspiración en la Universidad de Cervera, cuyos profesores tenían por lema esta frase: lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir; conspiración que se encaminaba á colocar á don Carlos en el trono.

(Continuad.)

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO